La Alianza Global Jus Semper

En Pos del Paradigma de la Gente y el Planeta

Desarrollo Humano Sostenible

Junio 2026 ENSAYOS SOBRE DEMOCRACIA REAL Y CAPITALISMO

Por una Modernidad Ecológica Antiimperialista

Número especial: Los Rasgos Imperialistas del Ecomodernismo

Kai Heron, Alejandro Pedregal y Nemanja Lukić

Síntesis

En este artículo presentamos el número especial de la revista «Journal of Labor and Society» dedicado a las características ecomodernistas del imperialismo y defendemos que estos conceptos tienen que teorizarse de forma conjunta. La introducción comienza mostrando cómo el ecomodernismo y el imperialismo se combinan en la práctica a través del ejemplo de la «Iniciativa de Realismo Climático» del Consejo de Relaciones Exteriores. A continuación, traza la aparición del ecomodernismo como teoría y práctica diferenciadas, argumentando que puede adoptar formas capitalistas y anticapitalistas, las cuales reproducen mecanismos imperialistas de acumulación a escala mundial. La tercera sección del artículo cuestiona la crítica antimodernista del ecomodernismo que ofrecen los conceptos de extractivismo y colonialismo verde. A continuación, desarrollamos lo que consideramos una crítica más precisa y rigurosamente antiimperialista de los aspectos ecomodernistas del imperialismo, antes de concluir con algunas propuestas políticas sobre la necesidad de lo que denominamos una «crítica ecológica comunista» y resumiendo las contribuciones del número especial.



Foto de MrGajowy3 Teodor

Introducción

En la primavera de 2025, el Consejo de Relaciones Exteriores (CFR), un centro de pensamiento con sede en Estados Unidos especializado en política exterior imperialista, puso en marcha su «Iniciativa de Realismo Climático». La iniciativa, o «doctrina», como la denomina alternativamente el CFR con un guiño vanidoso a Monroe y Truman, se

presenta como una «nueva estrategia para hacer frente al riesgo del cambio climático, competir en la transición energética global y mantener el rumbo independientemente del partido que esté en el poder» (Sivaram 2025). La Iniciativa de Realismo Climático recomienda que los EUA lleven a cabo geoingeniería planetaria, se apropien de tierras ricas en recursos en los territorios árticos recién descongelados y se involucren en conflictos geoestratégicos con China y otras naciones en desarrollo. En todos estos aspectos y más, se trata de un paradigma del pensamiento imperialista y ecomodernista sobre un mundo en calentamiento.

Con motivo del lanzamiento de la iniciativa, Varun Sivaram, miembro del CFR y antiguo asesor de John Kerry durante su etapa como enviado climático del presidente Biden, publicó un artículo de blog en el que desmontaba «cuatro falacias» sobre las consecuencias del calentamiento global para la política exterior de Estados Unidos, y sentaba las bases de los principios imperialistas y ecomodernistas de la doctrina del realismo climático. «Los EUA se enfrentan a riesgos cada vez mayores derivados del cambio climático, sin que se vislumbre ningún alivio», comienza Sivaram de forma premonitoria (ibíd.). Según Sivaram, durante demasiado tiempo la maquinaria estatal de Estados Unidos ha estado estancada en materia de acción climática porque el tema se ha abordado siguiendo líneas partidistas. Los demócratas presentan políticas climáticas como la Ley de Reducción de la Inflación de Biden, y los republicanos las derogan (Krawczyk 2025). Los republicanos permiten una mayor exploración de petróleo y gas en terrenos públicos y en alta mar, y los demócratas, a su vez, la prohíben (Institute for Energy Research 2024). La doctrina del realismo climático sostiene que la salida a este tira y afloja electoral consiste en replantear las crisis ecológicas en cascada como una amenaza para la «patria» y todo lo que esta representa. La dominación imperial de Estados Unidos, en otras palabras, es una cuestión bipartidista. «La doctrina del realismo climático es a la vez realista y realística», afirma Sivaram. «Es realista en el sentido de que da prioridad al avance de los intereses de Estados Unidos y reconoce que otros países priorizarán sin vacilar sus propios intereses. Y es realística al descartar cuatro falacias que con demasiada frecuencia enturbian el pensamiento político sobre el clima» (Sivaram 2025).

La primera de estas falacias es la idea de que se puede alcanzar el objetivo climático mundial. La doctrina del realismo climático prepara a EUA para un mundo definido no tanto por el «sobregiro» temporal de los compromisos climáticos diagnosticado por Malm y Carton (2024), sino como un mundo que «superará con creces» estos objetivos en su camino hacia «un calentamiento global medio de al menos 3 °C en este siglo» (Sivaram 2025). Sivaram es muy lúcido sobre lo que desencadenaría un calentamiento planetario de tal magnitud. Estados Unidos debería hacer todo lo posible por apoyar a quienes se vean afectados y desplazados, pero también tiene que reforzar sus fronteras frente a la «migración masiva de al menos cientos de millones de refugiados climáticos» y «prepararse para la competencia global por los recursos y el posicionamiento militar que se está intensificando en el Ártico, que se está derritiendo» (ibíd.).

La segunda falacia de Sivaram es la idea de que reducir las emisiones de EUA «marcaría una diferencia significativa» en el rumbo del mundo hacia un planeta efecto invernadero (ibíd.). Y ello a pesar de que EUA es el mayor productor mundial de petróleo y gas y tiene las emisiones per cápita más altas del mundo. Los cálculos aproximados de Sivaram indican que las emisiones de EUA representarán solo el 5 % del total mundial hacia finales de siglo. Por lo tanto, no tiene mucho sentido perjudicar a la «patria» mediante la descarbonización cuando son principalmente China, y tras ella India, Brasil, Indonesia y Sudáfrica, las que deben reducir sus emisiones. La responsabilidad del ahora inevitable calentamiento global de 3 °C, en otras palabras, no recae en los mayores emisores históricos del mundo, ni en el mayor productor mundial de petróleo y gas, sino en el Sur Global, anteriormente colonizado y en vías de desarrollo.

La tercera falacia es que el calentamiento global supone un «riesgo controlable para la prosperidad económica de EUA» (ibíd.). Sivaram señala pruebas que sugieren que el PIB de EUA podría reducirse en un 6 % para 2100, mientras que «los

riesgos de un aumento del nivel del mar de más de dos metros, huracanes drásticamente intensificados, incendios forestales y tormentas de granizo, y de que ciudades enteras de EUA desaparezcan del mapa en este siglo no son insignificantes» (ibíd.). Sin medidas de mitigación, tales acontecimientos «pondrían en peligro la supervivencia de la sociedad estadounidense tal y como la conocemos» (ibíd.). Por lo tanto, es obligatorio actuar tanto a nivel internacional como nacional para adaptarse a un mundo que se calienta rápidamente. A nivel nacional, EUA deberían imponer medidas de austeridad para «crear el margen fiscal» necesario para mitigar y adaptarse a las crisis ecosociales en cadena. A nivel internacional, debería adoptar la geoingeniería, probando «enfoques a escalas cada vez mayores para prepararse para una emergencia de "último recurso" en la que pueda ser necesario desplegar estas técnicas» (ibíd.).

La cuarta y última falacia es la suposición de que una transición hacia las energías verdes, sea cual sea su forma, supone un «beneficio mutuo para los intereses de EUA y la acción climática» (ibíd.). Por el contrario, el predominio de China en los sectores de la energía solar, la eólica y las baterías de litio de estado sólido la sitúa al mando de la transición mundial, lo que amenaza el dominio imperial de EUA. Es innegable que se necesita una transición energética verde a escala mundial, pero Estados Unidos tiene que superar a China en la lucha por las tecnologías verdes avanzadas. Esto implica apostar decididamente por las tecnologías verdes, «como la geotermia de última generación, la energía nuclear avanzada y las baterías de estado sólido» (ibíd.). Al mismo tiempo, EUA deberían colaborar con sus aliados imperiales para introducir «herramientas comerciales agresivas, aranceles y los denominados «clubes climáticos» que penalicen a los países con emisiones elevadas y en rápido crecimiento» (ibíd.). Al excluir a China y al resto del mundo en desarrollo, EUA puede beneficiarse de las rentas de monopolio que se derivan de la venta de tecnologías «verdes» a nivel internacional.

> *Sivaram es consciente de cómo suena todo esto. «Es cierto», concluye, que este enfoque es fundamentalmente injusto. Las economías emergentes suelen argumentar, con razón, que deberían tener todo el derecho a un desarrollo económico impulsado por los combustibles fósiles, tal y como lo disfrutaron las economías occidentales. No obstante, lo cierto es que las emisiones extranjeras están poniendo en peligro el territorio estadounidense (ibíd.).*

La doctrina del «realismo climático» del CFR merece una reflexión tan profunda debido a los vivos matices con los que pinta su visión de un futuro imperialista ecomodernista. Pero, ¿qué queremos decir al unir de esta manera los conceptos de ecomodernismo e imperialismo? No cabe duda de que la iniciativa realista climática que describe Sivaram es una receta para el imperialismo verde, definido anteriormente por dos de nosotros como un medio de acumulación de capital que «tiene como objetivo preservar el modo de vida imperial en el centro a expensas de la mano de obra, los materiales y la energía de la periferia» (Pedregal y Lukić 2024: 122). Tampoco se puede negar que las propuestas de la iniciativa para una mayor militarización y el refuerzo de las fronteras intensificarán un régimen ya existente de «ecoapartheid» a través del cual los pueblos más vulnerables y explotados del mundo —invariablemente radicalizados, con frecuencia mujeres— se ven expuestos al peligro para asegurar la acumulación de capital en el centro imperial (Heron 2023). Lo que convierte a la iniciativa realista climática en ecomodernista es su insistencia en soluciones tecnológicas aisladas para las contradicciones profundamente arraigadas en el sistema mundial capitalista, entre las que destaca la práctica de la geoingeniería, que remodela el planeta.

Para los ecomodernistas, las crisis ecológicas mundiales pueden ser graves, pero no pueden hacer frente al ingenio del progreso tecnológico humano (Symons 2019). Es posible que existan umbrales ecológicos, y que el mundo incluso experimente un sobregiro ecológico durante un tiempo, pero mediante intervenciones como la captura y el almacenamiento de carbono, la fertilización de los océanos, la inyección de aerosoles estratosféricos, los sistemas de

agricultura vertical que ahorran suelo, la energía nuclear, los robots impulsados por IA para la construcción de arrecifes de coral y las bacterias que consumen plástico, los problemas ecológicos del mundo pueden superarse. Tomando prestada una idea del centro de pensamiento ecomodernista por excelencia, el Breakthrough Institute, habitamos una era en la que la humanidad se ha convertido en una fuerza geológica. Pero mientras que algunos lamentan los peligros, las extinciones masivas y la toxicidad que este hito implica, para los ecomodernistas se trata de una buena noticia (The Breakthrough Institute 2015). Al igual que la llegada del Espíritu Absoluto de Hegel en la figura de Napoleón, la «conversión planetaria» de la humanidad marca un punto crítico de logro en el esfuerzo humano (Hegel 1806).[1] Nos hemos convertido en lo que el inconformista y autodenominado ecomodernista Mark Lynas llama la «especie divina» (Lynas 2012).

La iniciativa «Climate Realism» destaca entre los defensores del ecomodernismo por sus ambiciones abiertamente imperialistas y su firme defensa de un sistema polarizado y jerárquico de acumulación de capital a escala mundial (Amin, 1977). Empero, las agendas imperialistas verdes más sutiles también van invariablemente acompañadas de principios ecomodernistas en las propuestas de pensadores y organizaciones tan variadas como el propio Consejo de Relaciones Exteriores, el Breakthrough Institute, la «Agenda de la Abundancia» de Ezra Klein y Derek Thompson, algunas versiones del ya prácticamente desaparecido Nuevo Trato y la línea editorial de la revista Jacobin de EUA sobre cuestiones medioambientales. A pesar de ello, y a pesar del creciente interés crítico por el imperialismo y el ecomodernismo en la actualidad, la cuestión de cómo se relacionan ambos fenómenos, o cómo cada uno manifiesta las características del otro, está poco comprendida en la literatura académica y activista. Se trata de un problema tanto teórico como práctico, y plantea retos tanto intelectuales como políticos.

Por ejemplo, resulta difícil imaginar una agenda imperialista «verde» que no contenga rasgos ecomodernistas y, empero, el ecomodernismo no tiene por qué dar lugar necesariamente a designios imperialistas. La agenda de China para la civilización ecológica es ecomodernista tanto en su conceptualización de la naturaleza no humana como algo que la humanidad puede moldear en función de sus intereses, como en su aplicación de soluciones tecnológicas a las contradicciones ecosociales (Huang y Westman 2021: 4). En 2007, la Academia China de Ciencias llegó incluso a publicar un informe titulado «Informe sobre la modernización de China 2007: un estudio sobre la modernización ecológica» (Academia China de Ciencias 2007; Zhang et al. 2007). Ese mismo año, se introdujo el concepto de «civilización ecológica» en el XVII Congreso Nacional del Partido Comunista Chino. Empero, a pesar de lo que Minqi Li denomina la «relación de explotación de China con el sur de Asia, África y otros exportadores de materias primas», la economía china es la de una semiperiferia y no la de una potencia imperialista (Li 2021). No es imperialista, argumenta Li, porque China «sigue transfiriendo una mayor cantidad de plusvalía a los países del centro de la que recibe de la periferia» y porque las inversiones extranjeras de China contribuyen solo en una pequeña parte a sus beneficios totales. «El volumen de capital interno de China», calcula Li, «es aproximadamente cinco veces mayor que los activos de China en el extranjero» (Li 2021). Zhongjin Li y David M. Kotz corroboran esta interpretación, al constatar que los préstamos chinos, a menudo citados como prueba de ambiciones imperialistas, «tienen como objetivo alcanzar acuerdos mutuamente beneficiosos en lugar de asegurar situaciones que permitan a los capitalistas chinos obtener beneficios extraordinariamente elevados en el extranjero» (Li y Kotz 2021: 608). China sigue siendo, por tanto, una nación semiperiférica cuyo desarrollo, por citar una frase de Mao, está apretando el lazo alrededor del cuello del imperialismo de EUA (Mao 1958).

[1] La idea de una ruptura cualitativa y temporal tras la cual la humanidad se convierte en una fuerza planetaria pasa por alto la observación fundamental de Mike Davis, Nigel Clark y otros, según la cual la humanidad siempre ha moldeado y ha sido moldeada por las fuerzas planetarias (Davis 1996; Clark 2022). Como han argumentado los críticos de la hipótesis del Antropoceno, esta también disuelve los pasados y presentes violentos de la explotación de clase, la racialización y la opresión patriarcal en una «humanidad» abstracta e indiferenciada.

¿Cómo, entonces, entender las interconexiones entre el imperialismo y el ecomodernismo en la actualidad? ¿Y cómo puede contribuir a las luchas por acabar de una vez por todas con el capitalismo y el imperialismo el hecho de comprender la forma en que estos fenómenos interactúan? Las contribuciones a este número especial abordan estas cuestiones desde una amplia variedad de perspectivas. Lo que tienen en común no es un análisis de la forma que adopta el imperialismo en el mundo actual, ni los contornos precisos del antiecolologismo del ecomodernismo y su efecto pernicioso sobre los movimientos de «izquierda», sino un compromiso con la ampliación y el desarrollo de la teoría antiimperialista, la práctica militante y la investigación académica con el objetivo de esclarecer las fuerzas de opresión a las que se enfrentan hoy los movimientos antisistémicos.

El resto de este ensayo introductorio se estructura de la siguiente manera. La siguiente sección traza la aparición del ecomodernismo como teoría y práctica diferenciadas. Demostramos que las ideas ecomodernistas están presentes no solo entre los defensores de seguir como siempre con el capitalismo, sino también entre un grupo de pensadores anticapitalistas con una influencia desmesurada. La sección explora las diferencias entre estas formas de ecomodernismo y propone que, no obstante, comparten una orientación política que reproduce el sistema mundial imperialista.

En la siguiente sección centramos nuestra atención en algunos de los críticos del ecomodernismo, examinando las limitaciones analíticas e históricas de conceptos muy extendidos como el «colonialismo verde» y el «extractivismo». Argumentamos que, si bien estas nociones han desempeñado un papel importante a la hora de sacar a la luz nuevas formas de despojo y degradación medioambiental en el Sur Global, a menudo favorecen un vocabulario metafórico deshistorizado en detrimento de marcos analíticos basados en la historia. Al confundir épocas y mecanismos de dominación distintos, tales críticas corren el riesgo de oscurecer la lógica estructural del imperialismo que sustenta el sistema mundial capitalista contemporáneo. Frente a esta tendencia hacia el universalismo moral abstracto, proponemos que el retorno a las categorías de imperialismo y dependencia es indispensable para comprender cómo las contradicciones ecológicas se median a través de las jerarquías del capitalismo global actual.

En la siguiente sección esbozamos lo que consideramos una crítica antiimperialista coherente del ecomodernismo, que, en lugar de rechazar la modernidad y la modernización, recupera su potencial emancipador de los encerramientos capitalistas e imperialistas. Partiendo de las últimas reflexiones de Marx sobre la obshchina rusa, su conexión con los esfuerzos históricos socialistas y las luchas antiimperialistas contemporáneas, y su importancia para repensar modos alternativos de desarrollo, esbozamos un horizonte en el que el desarrollo tecnológico e industrial contribuye a satisfacer las necesidades colectivas dentro de los límites planetarios. Esta sección sitúa las experiencias socialistas —desde la reorientación maoísta de la modernización agraria hasta el giro agroecológico de Cuba y el modelo de comunalidad bolivariano— como ejemplos de modernización antiimperialista. En conjunto, demuestran que el problema de la modernidad radica en su especificidad histórica: su «truncamiento» dentro de la forma capitalista (Amin 2010).

Sintetizando el análisis realizado hasta ahora, la penúltima sección del artículo aboga por una «ecología comunista» antiimperialista como método tanto de crítica como de política. La sección final resume las contribuciones a este número especial.

Ecomodernismo: Capitalista y Anticapitalista

Aunque el término «ecomodernismo» no cobró fuerza hasta la década de 2010, las raíces intelectuales de esta idea se remontan, como mínimo, a una serie de debates entre sociólogos ecológicos alemanes y neerlandeses de mediados de la década de 1980. Estas discusiones giraban en torno a lo que en aquel momento se denominaba «teoría de la modernización ecológica» (EMT por sus siglas en inglés), que proponía que las soluciones a las ramificadas crisis ecológicas del mundo solo podían encontrarse mediante una mayor modernización de la producción. Según los defensores de la EMT, las tecnologías nuevas y emergentes albergaban el poder de desvincular la producción de los combustibles fósiles y de muchos insumos de recursos, al tiempo que reducían los subproductos contaminantes. Como lo expresó con un giro poético poco habitual Joseph Huber, una de las figuras fundadoras de la EMT, a través de la modernización continua «la sucia y fea oruga industrial se transforma en una mariposa ecológica» (Huber 1985: 20). Bajo la influencia de una ortodoxia neoliberal en ascenso, Huber argumentó que la forma de lograrlo era reducir la intervención del Estado en el «mercado libre», de modo que la competencia entre capitales impulsara la innovación. En sintonía con el impulso antidemocrático del pensamiento neoliberal, Huber también se mostró muy crítico con el potencial de los sindicatos y los movimientos ecologistas para realizar contribuciones positivas a la transición necesaria (Slobodian 2020). Por el contrario, como explica Joseph Murphy, «se identificó a los empresarios como los más importantes para lograr la transformación asociada a la modernización ecológica» (Murphy 2000, 2).

Las ideas de Huber fueron retomadas de forma crítica por Arthur P. J. Mol y Gert Spaargaren (1992), quienes, junto con Martin Jänicke (2008) y Udo E. Simonis (1989), introdujeron la Teoría de la Modernización Ecológica (EMT) en el ámbito académico anglófono. En una revisión de la teoría de la modernización ecológica en sus inicios, Mol y Spaargaren critican las versiones existentes de la teoría por su «visión evolutiva y tecnológicamente determinista del desarrollo social» (1992: 336). Se critica especialmente a Huber por su escepticismo respecto a la capacidad del Estado para impulsar la innovación. Para Mol y Spaargaren, una versión más rica y sofisticada de la EMT tiene que reconocer el papel frecuente del Estado en la facilitación de la modernización, y tiene que prestar atención a los motores culturales y políticos de la transformación social tanto como a los tecnológicos (ibíd.).

Estas diferencias de enfoque, que en cuestiones económicas se estructuraban a grandes rasgos en torno a las líneas neoliberales frente a las keynesianas, ocultaban un consenso sobre detalles esenciales. A los teóricos de la EMT les une una cosmovisión explícitamente capitalista y una postura acrítica hacia los avances tecnológicos capitalistas. La modernización significa modernización capitalista, y las tecnologías se consideran instrumentos políticamente neutros que pueden ser utilizados por una «humanidad» abstracta para desvincular su creciente consumo energético agregado y el crecimiento económico de las limitaciones ecológicas. La defensa del capitalismo por parte de Huber es manifiesta. Como él mismo afirma, «el capitalismo no es nada indecente, sino una cualidad dada de nuestra época, y cabría incluso preguntarse cuánto tiempo seguirá estando el concepto de capitalismo, en cualquier sentido, a la vanguardia» (Huber 1985: 77-78). El texto de Mol y Spaargaren es más circunspecto. «Todas las alternativas importantes y fundamentales al orden económico actual», argumentan, «han resultado inviables según diversos criterios (económicos, medioambientales y sociales)» (Mol y Spaargaren 2000: 23). Los autores no se plantean compartir con sus lectores los criterios que tienen en mente. Con o sin salvedades, la aceptación por parte de la EMT de la modernización capitalista como el marco incuestionable en el que se resolverán las crisis ecológicas del mundo supuso suprimir intelectualmente las trayectorias alternativas de modernización probadas, entre otros lugares, en la Unión Soviética y China (Weiner 2000; Brain 2011; Schmalzer 2016; Engel-Di Mauro 2021). También implicaba que la resistencia a las incursiones del Capital en el Tercer Mundo, su destrucción de las formaciones sociales indígenas y campesinas, y la resistencia a los

avances tecnológicos en el núcleo imperial, no solo son barreras para el progreso, sino que son antiecológicas en la medida en que rechazan la racionalización de la producción por parte del capital.

Dadas las desigualdades en el acceso a las tecnologías avanzadas y en la capacidad estatal dentro del sistema mundial capitalista, estas premisas han convertido a la EMT en un soldado de a pie del orden mundial imperial (Foster 2012; Ewing 2017). La EMT se convirtió en un importante enfoque conceptual en las disciplinas de la sociología, la geografía y la política, recibiendo la atención crítica de académicos como Harvey (2004); Giddens (2008) y Foster (2012). Sin embargo, hasta la década de 2010, siguió siendo un campo de estudio académico.

Esto cambió en 2015, cuando el centro de pensamiento contestatario Breakthrough Institute publicó su «Manifiesto Ecomodernista», lo que suscitó una gran atención mediática (Brook 2015; Monbiot 2015; Nijhuis 2015; Porter 2015). El Breakthrough Institute fue fundado en 2007 por Ted Nordhaus y Michael Shellenberger para promover la modernización como solución a las crisis ecológicas (Angus 2017). Su manifiesto de 2015 se describe a sí mismo como «un manifiesto para utilizar los extraordinarios poderes de la humanidad al servicio de la creación de un buen Antropoceno» (The Breakthrough Institute 2015). Se trataba de una teoría de la modernización ecológica llevada al extremo. Según el manifiesto, el hecho de que la humanidad dependa de la naturaleza para sobrevivir es una forma perniciosa de falta de libertad. El camino hacia la «liberación» —una palabra que el manifiesto utiliza repetidamente— reside, por lo tanto, en una «desvinculación radical de los seres humanos de la naturaleza», que solo puede lograrse mediante una mayor modernización (The Breakthrough Institute 2015). La fractura ontológica que esta afirmación crea entre los seres humanos y el resto de la naturaleza se utiliza a lo largo de todo el manifiesto para afirmar el dominio de una «humanidad» abstracta sobre los sistemas Tierra en términos clásicamente eurocéntricos y baconianos (Foster 2000). El Breakthrough Institute combina esta ontología con una homologación de las diferencias fundamentales en cuanto a la responsabilidad del calentamiento global entre el capital internacional y las comunidades campesinas y autóctonas:

> *Hoy en día, los ecosistemas de todo el mundo se ven amenazados porque las personas abusan de ellos: quienes dependen de la leña y el carbón vegetal como combustible talan y degradan los bosques; quienes consumen carne de animales silvestres cazan especies de mamíferos hasta su extinción local. Ya sea que se beneficie una comunidad autóctona local o una empresa extranjera, es la dependencia continua de los seres humanos de los entornos naturales lo que supone un problema para la conservación de la naturaleza* (The Breakthrough Institute, 2015).

Aunque el manifiesto señala acertadamente que «con demasiada frecuencia, tanto sus defensores como sus detractores confunden la modernización con el capitalismo» (ibíd.), sus autores no se detienen en ningún momento a considerar que la forma de modernización que alaban es capitalista e imperialista. El dominio absoluto del capitalismo sobre las vidas humanas y los Sistemas Tierra no se cuestiona. Su desestabilización de los Sistemas Tierra y la explotación de las clases trabajadoras del mundo se ignoran o se descartan como desafortunadas deficiencias de la modernización capitalista que se superarán con el tiempo gracias a una mayor modernización capitalista.

Los blogs contrarios a la corriente dominante y las propuestas políticas del Breakthrough Institute siguen causando revuelo de vez en cuando, pero se trata de una voz marginal con escaso impacto directo en la política y el debate actuales. Lo que genera más preocupación es que una cierta forma de ecomodernismo se ha convertido en la forma predeterminada de abordar los problemas ecológicos del mundo. No pasa casi una semana sin que acapare los titulares una solución tecnológica a los problemas estructurales profundamente arraigados del sistema mundial capitalista: bacterias modificadas genéticamente que consumen plástico, abejas polinizadoras robóticas, excrementos sintéticos de

ballena que capturan carbono en nuestros océanos, sistemas de riego automatizados basados en la IA y mucho más. Las soluciones ecomodernistas también tienen muchas más probabilidades de recibir subvenciones y financiación de capital riesgo en nuestras universidades que las soluciones —incluidas las tecnologías alternativas— que requieren una reorganización de la producción. El desarrollo de abejas robóticas en el Instituto Wyss de Harvard, por ejemplo, cuenta con el apoyo del filántropo multimillonario suizo Hansjörg Wyss (Instituto Wyss 2016). En la primavera de 2025, se anunció que el Gobierno británico había destinado 50 millones de libras esterlinas a apoyar experimentos de geoingeniería al aire libre (Carrington 2025). En la universidad contemporánea, las convocatorias de financiación para la investigación en agricultura «climáticamente inteligente», modificada genéticamente y altamente patentable, son habituales, mientras que la financiación para probar sistemas alimentarios agroecológicos más intensivos en mano de obra y menos rentables es casi imposible de encontrar (CIDSE 2020). El problema aquí no es la idea de aplicar soluciones tecnológicas a las crisis climáticas y de biodiversidad del mundo, sino el uso de la investigación social y científica para respaldar la acumulación de rentas monopolísticas imperialistas (Borg y Policante 2022). En lugar de abordar el impulsor de las ramificadas crisis ecológicas mundiales —el propio capitalismo—, estas agendas de investigación públicas y privadas encubren con un lavado de imagen verde los procesos imperialistas de acumulación de larga data.

Precisamente porque el ecomodernismo no cuestiona las estructuras imperialistas globales de acumulación de capital, se ha convertido en la filosofía dominante e incuestionable que se aplica en el núcleo imperial para «resolver» las crisis ecológicas del mundo. Los ideales ecomodernistas aparecen por doquier, desde el tan comentado libro de Ezra Klein y Eric Thompson, *Abundance: How We Build a Better Future (2025), que comienza con una viñeta sobre un anónimo residente cosmopolita que se despierta en 2050 y abre su nevera para encontrar alimentos cultivados verticalmente y carne cultivada en laboratorio, hasta las alocadas diatribas de Elon Musk, quien en noviembre de 2025 propuso utilizar una red de satélites controlados por IA para reflejar los rayos solares de vuelta al espacio (Landymore 2025). Estas propuestas serían divertidas si no fueran expresiones excéntricas de una idea hegemónica peligrosa: que, a través del desarrollo tecnológico, el capitalismo puede actuar con la rapidez suficiente para evitar el desastre ecosocial (cf. Vogel y Hickel 2023).

El carácter imperialista de esta ilusión queda patente en las agendas de la denominada «transición verde» que emanan del núcleo imperialista. Imaginemos, por un momento, una transición verde que se tome en serio la gravedad de las crisis ecológicas mundiales. Basándose en las investigaciones existentes sobre cómo proporcionar un «nivel de vida digno» para todos, se establecerían cuotas globales de consumo de materiales y energía y se pondría en marcha un plan de transición global (Millward-Hopkins et al. 2020; Hickel y Sullivan 2024). Se acordaría una moratoria mundial, o «tratado de no proliferación», sobre nuevas exploraciones de petróleo y gas (The Fossil Fuel Initiative 2025). Se desmantelarían las infraestructuras de combustibles fósiles existentes, comenzando por los países del núcleo imperial para dar a los de la periferia el «espacio atmosférico» necesario para que sus economías dejen de depender de las energías contaminantes (Acuerdo de los Pueblos de Cochabamba 2010). Las transferencias de tecnología, conocimientos y financiación desde el núcleo se proporcionarían gratuitamente a la periferia para ayudar a los más expuestos a las crisis climáticas a mitigar, adaptarse y realizar la transición (Perry 2020). Los presupuestos militares se reorientarían hacia la recuperación de los ecosistemas, y las fábricas de armas se reconvertirían para construir infraestructuras verdes. Es evidente que nada de esto está ocurriendo. Por el contrario, en la medida en que las potencias imperiales siguen persiguiéndola, la «transición verde» se ha aprovechado para crear un nuevo conjunto de activos financiarizados y regenerar el maltrecho sector industrial del centro imperial, con el objetivo de perpetuar las transferencias de valor y recursos desde la periferia (Ajl 2021). Y esto después de que los países imperialistas exportaran

la producción a las periferias, en primer lugar, para beneficiarse de la mano de obra barata mientras deslocalizaban las industrias contaminantes (Amin 1977; Hornborg 2011; Frey et al. 2019; Patnaik y Patnaik 2021).

El Ecomodernismo de Izquierda

Cabe hacer aquí algunas observaciones sobre una corriente paralela del pensamiento ecomodernista promovida por un pequeño grupo de pensadores anticapitalistas del núcleo imperial. Matthew Huber, Leigh Phillips y un pequeño grupo de escritores en torno a la revista Jacobin de EUA han sido los defensores más insistentes del ecomodernismo de izquierda.[2] Mientras que el ecomodernismo capitalista asume que el capitalismo es la mejor forma social para llevar a cabo una «transición verde», los ecomodernistas de izquierda sostienen que las leyes del valor del capital son una barrera para las tecnologías esenciales. Las fuentes de energía renovable, por ejemplo, son hoy en día considerablemente más baratas de desarrollar que los combustibles fósiles, pero la tasa de rendimiento de la inversión es menor, por lo que el flujo de capital se dirige hacia los combustibles fósiles (Christophers 2024). El capital privado también se muestra cauteloso a la hora de invertir en energía nuclear debido a los costes elevados e inciertos, los largos plazos de inversión y los riesgos normativos percibidos (World Nuclear News 2024). Liberadas de la motivación por el beneficio, argumentan los ecomodernistas de izquierda, estas tecnologías podrían adoptarse rápidamente y contribuir a la descarbonización global. Más aún, podrían implantarse a gran escala tecnologías que probablemente no generen ningún beneficio, como la captura directa de aire, que almacena el carbono de forma indefinida en lugar de reutilizarlo para otras industrias.

No cabe duda de que la ley del valor del capital determina en gran medida qué tecnologías se adoptan y cuáles no. Tampoco hay duda de que la idea de que del capital desarrolla y, en última instancia, limita las fuerzas productivas puede encontrar respaldo en los escritos de Marx. El ejemplo más evidente es el análisis que Marx realiza de lo que, a través de la influyente obra de Gerald A. Cohen (2001), se ha dado en llamar la «tesis de la traba» en el capítulo treinta y dos de capital, vol. 1 (Marx 2024). Aquí, Marx sostiene que, en un momento determinado del desarrollo del capital, sus relaciones de producción se convierten en un «grillete» para el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas, un término que para Marx abarca todo, desde las tecnologías hasta el conocimiento y las capacidades humanas, pasando por las infraestructuras y la ecología. Como continúa Marx en uno de los pasajes más famosos de El Capital:

> *La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan por fin a un punto en el que se vuelven incompatibles con su envoltura capitalista. Esta envoltura se rompe en mil pedazos. Suena la campana fúnebre de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.* (Marx 2024: 929).

La adhesión del ecomodernismo de izquierda a la tesis de las «cadenas» y, por ende, a la naturaleza intrínsecamente explotadora de la relación capitalista, lo distingue claramente del pensamiento ecomodernista capitalista. Dando la vuelta al argumento de Joseph Huber, no son los empresarios capitalistas quienes actúan como agentes de la transición ecosocial, sino el proletariado industrial sindicalizado, y en particular aquellos que trabajan en sectores clave contaminantes como la energía y la construcción (Huber 2022). A esto, el ecomodernismo de izquierda añade una interpretación muy particular y ahistórica de la visión del Marx temprano de que el capitalismo debe ser elogiado en la

[2] Esta sección se centra principalmente en los escritos de Matthew Huber y Leight Phillips, dos autores que, ya sea escribiendo juntos o por separado, han ejercido una influencia desmesurada en el debate socialista anglófono de los últimos años. Una de las razones de ello es que la publicación socialista anglófona con mayor número de lectores, Jacobin USA, da voz a su trabajo y lo protege de las críticas en sus páginas, convirtiendo así sus pontificaciones en la línea editorial de facto de Jacobin. A pesar de las limitaciones de muchas perspectivas de decrecimiento, por ejemplo, Jacobin nunca ha publicado un artículo favorable al decrecimiento, mientras que ha publicado al menos cinco artículos polémicos en contra del decrecimiento desde 2023. Tres de ellas fueron escritas de forma independiente o en colaboración por Huber y Phillips. Las revistas tienen derecho a sus líneas editoriales, pero sugeriríamos que la frecuente promoción de un grupo reducido de autores sugiere que, a pesar de los mejores esfuerzos de Jacobin USA, el ecomodernismo de izquierda carece de un apoyo generalizado dentro de la izquierda comunista.

medida en que crea las situaciones para el socialismo al desarrollar las fuerzas productivas y, al hacerlo, reduce la escasez. El «desarrollo de las fuerzas productivas», escribió Marx en La ideología Alemana, «es una premisa práctica absolutamente necesaria, porque sin él la necesidad se generaliza, y con la indigencia se reproducirían necesariamente la lucha por las necesidades y todo el viejo y sórdido negocio» (Marx 2010).[3]

A pesar de basarse en una interpretación selectiva del pensamiento de Marx, la visión política del ecomodernismo de izquierda reproduce, bajo una apariencia anticapitalista, muchos de los supuestos eurocéntricos e imperialistas de su contraparte dominante (Amin 2010). Cabe mencionar tres de estos supuestos: una visión teleológica del desarrollo de las fuerzas productivas por parte del capital, una negación socialchovinista de los efectos de las transferencias de valor imperialistas en la formación de clases y la lucha de clases, y una comprensión antidiálectica de los intercambios metabólicos de la humanidad con la naturaleza no humana.

No sería exagerado afirmar que la interpretación ecomodernista de izquierdas que Huber y Phillip hacen de Marx y del marxismo puede deducirse de su visión determinista y teleológica de la contradicción entre las fuerzas del Capital y las relaciones de producción. Si, como esboza Marx anteriormente, el capitalismo desarrolla continuamente las fuerzas productivas hasta el momento en que su «membrana capitalista» se convierte en un obstáculo para su desarrollo y, por lo tanto, en un obstáculo para la expansión de las libertades de la clase trabajadora mundial, entonces se deduce que, empero, dado que aún no se ha producido una revolución mundial, el capitalismo tiene que seguir desarrollando las fuerzas productivas. Los avances tecnológicos capitalistas se convierten así en algo positivo y apropiable por la clase trabajadora para asegurar su emancipación. De este modo, los ecomodernistas de izquierda suelen seguir a sus homólogos capitalistas al negarse a considerar las limitaciones ecológicas y técnicas, como la disponibilidad de materiales y el rendimiento energético de la inversión (sobre estas limitaciones, véase Valero et al. 2021; Michaux 2024). En su forma más extrema, esto ha llevado a los ecomodernistas contrarios a defender la idea de universalizar tecnologías con consecuencias ecológicamente destructivas evidentes, como los aparatos de aire acondicionado y los jets privados, sin tener en cuenta el hecho de que existen tecnologías alternativas de menor consumo tanto para la refrigeración como para los viajes (Phillips 2018, 2023).

Un ejemplo más revelador lo encontramos en la defensa que hace el ecomodernismo de izquierdas de la agricultura industrializada y su desdén por las alternativas agroecológicas. Para Matthew Huber, la agroecología no tiene futuro porque sus métodos, que requieren más mano de obra, van en contra del ideal socialista de que la industrialización capitalista allana el camino para una jornada laboral reducida (Huber 2019). Huber y Phillips coinciden en que el trabajo agrícola es una «tarea pesada» y que cualquier política basada en pedir a la gente que lo realice en mayor medida está abocada al fracaso (Phillips 2015; Huber 2019). El capitalismo ha desarrollado las fuerzas productivas mucho más allá de la necesidad de ese tipo de trabajo, por lo que lo socialista es aceptarlo sin reservas.

Los problemas que esto plantea son múltiples. Por un lado, el desprecio de Huber y Phillips hacia la agroecología se deriva de principios políticos abstractos —basados en una lectura selectiva de Marx— más que de un análisis sólido del sistema alimentario mundial y sus antagonismos de clase existentes. La cuestión de si un sistema alimentario más intensivo en mano de obra es adecuado tiene que responderse, en parte, mediante un examen minucioso de los efectos de la agricultura agroecológica y la agricultura monocultural industrial sobre los Sistemas Tierra, así como de la

[3] Como veremos más adelante, aunque Marx nunca rompió del todo con esta visión, esta se moderó considerablemente tras sus últimos estudios sobre la obschina rusa y los iroqueses, así como tras sus investigaciones más amplias en etnología, química y geología (Musto 2020; Saito 2022; Anderson 2025). La ruptura de Marx con el modernismo teleológico propugnado por los ecomodernistas de izquierda actuales fue lo suficientemente lejos como para que sugiriera que la sociedad comunista se fundaría en «el retorno de las sociedades modernas al tipo «arcaico» de propiedad comunal» y, de aquí que «no deberíamos, pues, asustarnos demasiado ante la palabra «arcaico»» (Marx 1881).

viabilidad ecológica de alternativas ecomodernistas que ahorran mano de obra, como las carnes cultivadas en laboratorio, la fermentación de precisión y la agricultura vertical. Carton y Malm denominan a esto «un análisis concreto de la tecnología concreta» (Malm y Carton 2025: 424). En este caso, las pruebas sugieren claramente que los sistemas alimentarios industrializados tienen un impacto en la biodiversidad, los suelos y las vías fluviales, y son insostenibles (Stone 2022; Wallace 2016; Weis 2007), mientras que un sistema agroecológico —junto con la reducción del consumo de carne— puede, en principio, alimentar a la creciente población mundial (Pimentel et al. 2005; Pretty et al. 2018; Röös et al. 2022). Sustituir la notoria sobreproducción de alimentos y fibras del Capital por una planificación socialista aliviaría la presión que la agricultura industrializada contemporánea ejerce sobre los ecosistemas donde se practica, pero no puede transformar el sistema en una influencia benigna.[4]

A esto tiene que añadirse un análisis de las contradicciones de clase en el ámbito rural para determinar qué clases sociales agrarias son más propensas a alinearse con la revolución social. Dado el desarrollo desigual e inconstante de las fuerzas productivas por parte del Capital, estas clases diferirán significativamente en gran parte del Sur Global subdesarrollado —donde prevalece la agricultura a pequeña escala y de alta intensidad de mano de obra— y en el núcleo imperial, donde la industrialización agrícola está muy extendida. En gran parte de la periferia tampoco es cierto que el capitalismo haya desarrollado las fuerzas productivas hasta el punto de que un proletariado urbanizado se haya separado de la producción agraria. Como muestra Paris Yeros, persiste un ejército de reserva semiproletarizado en todo el continente africano, con consecuencias significativas para el curso de la formación de clases y la lucha entre las clases urbanas y rurales (Yeros 2023; véase también la contribución de Ajl a este número). La falta de atención de Huber y Phillips al carácter global de la lucha de clases y la formación de clases les impide ver estas dinámicas esenciales (Heron 2022). Sin un análisis como este, que sigue la noción amplia de Marx sobre las fuerzas productivas, reducen el concepto a tecnologías discretas —energía nuclear, agricultura industrial, aviones privados, etc.— abstraídas de su contenido de clase y su impacto en la ecología.

Sin embargo, incluso si nos limitamos al ámbito de la exégesis, Marx dejó claro que el desarrollo de las fuerzas productivas por parte del capital no siempre es positivo. «Todo progreso en la agricultura capitalista», escribió Marx, «es un progreso en el arte, no solo de robar al trabajador, sino de robar al suelo; todo progreso en el aumento de la fertilidad del suelo durante un tiempo determinado es un progreso hacia la ruina de las fuentes duraderas de esa fertilidad» (Marx 2024: 637-638). Pasajes como este deberían abrir nuestras mentes a la posibilidad de que, en lugar de desarrollar de forma unilineal las fuerzas productivas, el capital también puede desperdiciarlas o arruinarlas. Por ejemplo, siguiéndonos en el sector agrícola, Haroon Akram-Lodhi y Bernard Ekumah han demostrado cómo el desarrollo agrícola capitalista destruye fuerzas productivas agrícolas que, de otro modo, podrían apoyar una transición hacia sistemas alimentarios socialistas (Akram-Lodhi 2021; Ekumah 2024). En un plano más amplio, Ali Kadri ha demostrado cómo el desperdicio de las fuerzas productivas en los países sometidos a la incursión militar y económica imperialista es, de hecho, parte integral del mantenimiento de la ley del valor del Capital a escala mundial (Kadri 2023).

El ecomodernismo de izquierda combina su simplista interpretación de los efectos del capitalismo sobre las fuerzas productivas con una negación socialchovinista de las transferencias de valor imperialistas. A pesar de la abrumadora evidencia empírica de las transferencias de valor desde la periferia global hacia el centro (Hickel et al. 2022), y de una amplia literatura antiimperialista que demuestra cómo estas transferencias han configurado las luchas de clases en el centro imperialista (Chase-Dunn 1998; Grupo de Trabajo Comunista 2025; Ness 2023), los ecomodernistas de izquierda

[4] Como ha demostrado Guillaume Suing, en la Unión Soviética se desarrolló un sistema agrícola a gran escala más adecuado antes de que Jruschov imitara el modelo agrario industrial de EUA. Cabe destacar que los ecomodernistas de izquierda actuales no han analizado los esfuerzos realmente existentes en pro de la construcción socialista, que, aunque siempre son contradictorios, resultan no obstante instructivos (Suing 2025).

se mantienen firmes en que los trabajadores del centro no se benefician materialmente de los sistemas polarizados de acumulación del Capital a escala mundial. En una reseña de Marx in the Anthropocene y Slow Down: The Degrowth Manifesto (2022, 2024), de Kohei Saito, Huber y Phillips sostienen que «es un error básico creer que los trabajadores del Norte Global explotan a las personas del Sur Global» (Huber y Phillips 2024). Esto, dicen, «no es más que una repetición de la teoría, desacreditada hace tiempo, de una "aristocracia obrera", la noción errónea de que los trabajadores de los países desarrollados se benefician de las "superganancias" extraídas de los trabajadores con salarios más bajos del mundo en desarrollo» (sic, ibíd.). En efecto, es un error afirmar que los trabajadores del centro «explotan» a los de la periferia en el sentido marxista de obtener plusvalía mediante el despliegue alienado de su fuerza de trabajo, no es un error sugerir que los trabajadores del centro imperial se han beneficiado y se benefician de lo que Utsa y Prabhat Patnaik denominan el «acuerdo imperial» (Patnaik y Patnaik 2021). Como señaló George Padmore, el primer Estado de Bienestar del mundo fue creado por Otto von Bismarck en sucesivas oleadas legislativas entre 1883 y 1889 con el objetivo explícito de comprar el apoyo de la clase trabajadora alemana (Padmore 1972: 157–161). En palabras de Bismarck: «Dale al trabajador el derecho a trabajar mientras esté sano, asegúrale atención cuando esté enfermo, asegúrale manutención cuando sea viejo… Si haces eso… los señores del Partido Socialista harán sonar sus silbatos en vano» (citado en ibíd.).

Negar esta historia y sus efectos actuales en la composición de la clase obrera mundial equivale a rechazar el método materialista histórico, anteponiendo una preferencia política abstracta a un análisis concreto del sistema mundial capitalista.[5] Empero, esto es precisamente lo que hace Huber cuando escribe que:

> *La imagen de unos trabajadores privilegiados que protegen su posición a escala mundial parece estar en desacuerdo con los titulares diarios que hablan del flujo de riqueza hacia las élites, así como de una crisis del coste de la vida y de la inseguridad económica que afecta a la mayoría de los estadounidenses. En lugar de enfrentar a los trabajadores entre sí, tiene más sentido considerar que todos los trabajadores están perdiendo una «guerra de clases global» contra el capital* (Huber 2025).

Lo cierto de esta afirmación es que los trabajadores de todo el mundo se encuentran en crisis, pero la solidaridad no se consigue ignorando las formas diferentes y distintas en que los diversos segmentos de la clase trabajadora mundial están integrados en el sistema mundial capitalista. Hickel, Lemos y Barbour, por ejemplo, constatan que los salarios en la periferia son, en términos reales, entre un 87 % y un 95 % más bajos que en el centro para trabajos de igual cualificación. Aunque los trabajadores de la periferia aportan «el 90 % de la mano de obra que impulsa la economía mundial, solo reciben el 21 % de los ingresos globales» (Hickel et al. 2024: 8). Estos datos por sí solos nos dicen algo significativo sobre la composición de la clase trabajadora mundial y las situaciones en las que lucha.

Lejos de «enfrentar a los trabajadores entre sí», el reconocimiento de la explotación diferenciada que el sistema imperialista ejerce sobre la clase obrera mundial debería servir de guía para la estrategia política revolucionaria. Esto es aún más importante cuando existe un peligro real de que los trabajadores del núcleo imperialista traten de reforzar su «modo de vida imperial» alineándose con su propia burguesía y el Capital en contra de los trabajadores de la periferia (Brand y Wissen 2021), como vemos hoy con el auge de la extrema derecha en toda Europa y EUA. Como escribió Lenin hace mucho tiempo, ignorar detalles como este en aras de la conveniencia política no es más que una traición al internacionalismo comunista, porque

[5] Ajay Singh Chaudhary rebautizó el ecomodernismo de izquierdas como «lysenkoismo climático» por este motivo (Chaudhary 2024).

> *El internacionalismo por parte de los opresores o de las «grandes» naciones, como se las denomina (aunque solo son grandes en su violencia, solo grandes como matones), tiene como objetivo no solo el respeto de la igualdad formal entre las naciones, sino incluso una desigualdad por parte de la nación opresora, la gran nación, que debe compensar la desigualdad que se da en la práctica real. Quien no comprenda esto no ha captado la verdadera actitud proletaria ante la cuestión nacional; sigue siendo, en esencia, de punto de vista pequeñoburgués y, por lo tanto, está abocado a caer en el punto de vista burgués* (Lenin 1922).

El último punto en común entre el ecomodernismo capitalista y el ecomodernismo de izquierdas es la afirmación de una división ontológica entre la «naturaleza» y la «humanidad». Esta división es fundamental en Half-Earth Socialism: A Plan to Save the Future from Extinction, Climate Change, and Pandemics, de Troy Vettese y Drew Pendergrass, que, como indica el título, pretende reapropiarse del conservacionismo de «preservación de la tierra» de E. O. Wilson con fines socialistas. A diferencia de otros ecomodernistas, Vettese y Pendergrass critican el ideal modernista de que la naturaleza puede ser controlada por completo por la humanidad. No obstante, su apoyo a la «Mitad de la Tierra» los compromete con un ideal modernista de conservación que separa la «naturaleza» de la «sociedad». Esto minimiza las pruebas de que la intervención humana ha moldeado casi tres cuartas partes de la superficie terrestre del planeta durante al menos los últimos 12 000 años (Ellis et al. 2021) y oscurece las relaciones profundamente dialécticas e interdependientes entre la especie humana y el resto del mundo natural (Levins y Lewontin 1987). Las implicaciones políticas de esta ontología se hacen evidentes en las propuestas irreflexivas de Vettese y Pendergrass de transformar extensiones de tierra en «naturaleza salvaje», eludiendo una extensa bibliografía que cuestiona los fundamentos racistas, coloniales e imperialistas de la noción (Cronon 1996; Adams et al. 2008; Sène 2025). Esto también les lleva a pasar por alto el trabajo que supondría la renaturalización y conservación del 50 % del planeta como «naturaleza salvaje» y cómo se viviría ese trabajo. Como han demostrado Ariel Salleh y Stefania Barca, en la actualidad gran parte de este trabajo lo realizan mujeres, minorías raciales y pueblos originarios (Salleh 2017; Barca 2024).

Vettese y Pendergrass no ignoran las controversias que rodean a la Mitad de la Tierra y, de hecho, ofrecen una historia detallada de sus orígenes reaccionarios. No obstante, sostienen que, aunque la renaturalización de la mitad del planeta sin abandonar el capitalismo «reforzará el papel de la conservación como forma de neocolonialismo», una Mitad de la Tierra socialista sería diferente (Vettese y Pendergrass 2022: 86). «La coalición de la Mitad de la Tierra tiene que ser amplia», escriben. «Deberían formar parte de ella activistas por los derechos de los animales y agricultores ecológicos, así como socialistas, feministas y científicos» (Vettese y Pendergrass 2022: 84). Este bloque altamente cosmopolita refleja el silencio general del libro sobre el carácter imperialista del capitalismo global. Faltan en la lista amplios segmentos de las clases trabajadoras globales, entre los que destacan el número desconocido de Pueblos originarios, campesinos y habitantes de los bosques. Como sostiene Brian Napoletano, incluso en su forma socialista, la propuesta de Mitad de la Tierra carece de «la reflexividad anticolonial que implican las críticas indígenas a la conservación» y, por lo tanto, corre el riesgo de trasladar formas ecomodernistas e imperialistas de gestión de los ecosistemas a un futuro poscapitalista —«socialista»— (Napoletano 2023).

Una división ontológica entre «naturaleza» y «sociedad» reviste igual importancia en el ecomodernismo de Huber y Phillips, pero en este caso precisamente por las razones que critican Vetesse y Pendergrass. Al igual que sus homólogos ecomodernistas capitalistas, la afirmación de Huber y Phillips de que la humanidad puede utilizar la tecnología para dominar todos los límites y restricciones naturales sitúa a la humanidad por encima del resto de la naturaleza, como su amo casi omnisciente y omnipotente. Esto lleva a Huber y Phillips a rebatir la idea de que existen límites ecológicos que deben reconocerse y respetarse. «La adhesión a límites naturales fijos», escriben, «debería reconocerse inmediatamente

como una variante del neomalthusianismo» (Huber y Phillips 2024). Apuntando al marco de los Límites del Sistema Tierra del Stockholm Resilience Centre (Planetary Boundaries Science 2025), sostienen que la idea de los límites planetarios «malinterpreta la situación de la humanidad» (Huber y Phillips 2024). En lugar de centrarse en cómo el capital empuja a los sistemas Tierra más allá de los umbrales críticos, Huber y Phillips sostienen que «la humanidad ya está siempre y en todas partes rodeada de límites naturales, de restricciones a lo que podemos hacer actualmente» (ibíd.). En otras palabras, tal y como propone el «Manifiesto Ecomodernista» del Breakthrough Institute, la naturaleza es una barrera para nuestra libertad colectiva.

De ello se deduce que nuestra liberación reside en la superación de los límites mediante el desarrollo de la «ciencia y la tecnología», concebidas como políticamente neutras (Huber y Phillips, 2024). «Los únicos límites verdaderos e insuperables a los que nos enfrentamos», concluyen Huber y Phillips, «son las leyes de la física y la lógica» (Huber y Phillips, 2024). Se trata de un argumento filosófico muy elocuente, pero que no da en el clavo. Los científicos del Sistema Tierra están dando la voz de alarma porque el calentamiento global de origen capitalista está empujando a las clases trabajadoras del mundo al precipicio de puntos de inflexión irreversibles que supondrían un desastre tanto para las poblaciones humanas como para las no humanas, y para los que no tenemos soluciones tecnológicas conocidas (Global Tipping Points 2025).

Los científicos del Sistema Tierra están dando la voz de alarma porque el calentamiento global de origen capitalista está empujando a las clases trabajadoras del mundo al precipicio de puntos de inflexión irreversibles que supondrían un desastre tanto para las poblaciones humanas como para las no humanas, y para los que no tenemos soluciones tecnológicas conocidas.

El calentamiento global es un ejemplo evidente, pero otros sistemas Tierra se están acercando a puntos de inflexión peligrosos e irreversibles. Un estudio reciente ha revelado que es muy probable que el glaciar Thwaites —o el llamado «glaciar del fin del mundo»— en la Antártida desaparezca, lo que aumentaría la subida a largo plazo del nivel medio del mar en todo el mundo a más de tres metros (British Arctic Survey, 2025). Por citar un ejemplo más extremo y conocido, una marcada desaceleración, si no un posible colapso, de la Circulación Meridional de Retorno del Atlántico (AMOC) ya no puede considerarse un evento de «baja probabilidad» (Drijfhout et al. 2025). Los modelos indicaban un 70 % de probabilidad de colapso si las emisiones siguen aumentando, un 37 % en escenarios de emisiones intermedias y un 25 % en escenarios de bajas emisiones. Las consecuencias del colapso incluyen inviernos significativamente más fríos en el hemisferio norte, lo que podría traer a Europa Occidental situaciones similares a las vividas en Terranova; tormentas intensificadas a ambos lados del Atlántico; graves perturbaciones en los sistemas agrícolas; y aumentos del nivel del mar a lo largo de la costa este de los Estados Unidos. Estos procesos ecológicos devastarán los sistemas Tierra y las comunidades a nivel mundial, redefiniendo los frentes de la lucha de clases global de formas difíciles de comprender. Si bien el lenguaje de los «límites» podría no ser estrictamente exacto, dado que el planeta se adaptaría a los nuevos regímenes climáticos, no es en absoluto neomalthusiano sugerir que, desde nuestra perspectiva muy humana, tiene sentido tratar los puntos de inflexión y los límites planetarios como límites que no desearíamos traspasar.

El Universalismo Abstracto del Colonialismo Verde y el Extractivismo

En los últimos años, ha surgido una amplia variedad de perspectivas críticas en torno al «giro verde» del capitalismo global. Desde movimientos como el pos-extractivismo, el pos-desarrollismo y algunas corrientes del decrecimiento,

entre otros, y en relación con ciertas corrientes intelectuales del pensamiento poscolonial y descolonial,[6] estas críticas han aportado valiosas denuncias de las fallas ecológicas de la modernidad capitalista y de la geografía desigual de la llamada «transición verde». Empero, a pesar de su contribución a desvelar la lógica explotadora que sustenta el proyecto ecológico del capital global, estos enfoques a menudo reproducen limitaciones analíticas y políticas que pueden oscurecer los medios políticos para cuestionar el sistema mundial capitalista al que pretenden oponerse. Dentro de su tendencia a rechazar todos los aspectos de la modernidad y el desarrollo industrial en su conjunto, las críticas antimodernistas suelen confundir los proyectos históricos de modernización socialista —basados en la centralidad de la propiedad colectiva y la producción planificada para el valor de uso en lugar del valor de cambio— con el impulso capitalista hacia la acumulación. En consecuencia, corren el riesgo de transformar la crítica al ecomodernismo capitalista en una crítica a la modernidad per se, reduciendo así las especificidades históricas del imperialismo a una oposición abstracta y esencialista entre «humanidad» y «naturaleza».

Nuestro propósito aquí no es descartar por completo estas perspectivas. Al contrario, muchas de ellas siguen siendo importantes, ya que a menudo surgen de luchas concretas contra el despojo, la contaminación y otras formas de devastación ecológica provocadas por el capital. Sin embargo, deseamos aclarar el terreno analítico en el que se sitúan estas críticas y distinguir nuestra posición de las tendencias esencialistas o idealistas que a menudo sustentan su enfoque. En esta sección, sostenemos que, si bien conceptos como el colonialismo verde y el extractivismo se han convertido en poderosas herramientas retóricas dentro de los debates ecológicos contemporáneos, su ambigüedad y su ahistoricismo difuminan, en lugar de esclarecer, las dinámicas sistémicas e históricas del capitalismo global como imperialismo. Entendemos que el imperialismo, ya sea «ecologizado» o no, es un concepto más preciso desde el punto de vista histórico y estructural a través del cual comprender los mecanismos de dominación, El Intercambio Desigual y fuga de valor que caracterizan esta fase del capitalismo global.

A este respecto, se tiene que señalar que la crítica antimodernista al ecomodernismo suele partir de la premisa de que la crisis ecológica se deriva de una situación universal de la «civilización industrial», o incluso del desarrollo tecnológico humano en sí mismo. Esta interpretación, compartida por gran parte de la literatura pos-extractivista —y por algunos exponentes del decrecimiento—, borra la mediación histórica específica de estos procesos a través del modo de producción capitalista. Al hacerlo, corre el riesgo de reducir la crítica al capital a una condena del desarrollo, la ciencia o la modernidad en general. Paradójicamente, esta postura refleja la narrativa ecomodernista a la que se opone (para un argumento similar, véase la contribución de Ajl a este número). Mientras que los ecomodernistas fetichizan la innovación tecnológica como impulsor universal y neutral de la emancipación, sus homólogos antimodernistas la rechazan por considerarla intrínsecamente destructiva. Ambos, sin embargo, comparten una concepción ahistórica de la modernidad, abstraída de sus contradicciones internas y de sus diversas formas de manifestación a lo largo de la historia y la geografía. El resultado es una despolitización de la propia modernidad: en el primer caso, al idealizarla; en el segundo, al demonizarla. Y si su idealización refleja un encerramiento estrecho de su potencial, su demonización lo anula por completo.

Una crítica exhaustiva del ecomodernismo debe distinguir entre la modernidad capitalista y otras formas alternativas de modernización —de las cuales el socialismo ha sido un impulsor clave—, así como entre el desarrollo tecnológico

[6] En ningún caso pueden considerarse estos movimientos como monolíticos o intercambiables. Por ejemplo, en un artículo reciente, la socióloga pos-extractivista Miriam Lang (2024) se preguntaba hasta qué punto el discurso del decrecimiento en el Norte Global pasaba por alto las instituciones y las normas de gobernanza global, estructuralmente asimétricas, aunque lo hiciera mediante un uso selectivo de la teoría de la dependencia en la que, según afirmaba, se basaba. Además, dentro del movimiento del decrecimiento, Vincent Liegey, Anitra Nelson y Terry Leahy (Liegey et al. 2025) dedicaron recientemente una respuesta completa a una entrevista con Jason Hickel (Ahern 2025), revelando interpretaciones divergentes de lo que implica el decrecimiento en relación con temas como el desarrollo, el antidesarrollo y el posdesarrollo.

como instrumento de acumulación y como herramienta potencial de emancipación social. Las críticas antimodernistas tienden a coincidir con la ideología ecomodernista en su rechazo a un análisis dialéctico de la historia y en su sustitución de la crítica estructural por un moralismo abstracto.

Entre los términos más destacados del ámbito antimodernista, el «colonialismo verde» ocupa un lugar central. Se utiliza a menudo para describir la prolongación de las relaciones coloniales de dominación en la era del capitalismo verde, definida por la subyugación del Sur Global a nuevas oleadas de extracción de recursos —como el litio, el cobalto o las tierras para proyectos de compensación de carbono— con el fin de sostener la denominada «transición verde» del Norte Global. Como tal, la referencia al colonialismo verde ha cobrado especial relevancia en ciertos sectores críticos de la ecología política. Destacados académicos como Joan Martínez-Alier, Michiel Baud y Héctor Sejenovich, por ejemplo, han puesto de manifiesto la importancia de vincular los orígenes del ecologismo iberoamericano con las estructuras de explotación colonial de larga data. En este sentido, citan la obra de Héctor Alimonda, quien atribuye la degradación ambiental al «colonialismo persistente», argumentando que «a lo largo de cinco siglos, ecosistemas enteros fueron destruidos por la implementación de monocultivos de exportación» (Martínez-Alier et al. 2016: 37). En su opinión, el colonialismo funciona como una clave explicativa transhistórica, que abarca tanto dimensiones materiales como epistémicas, desde la destrucción de ecosistemas hasta los «epistemicidios».

Autores procedentes de diversos contextos políticos y geográficos han desarrollado este concepto de formas sorprendentemente similares. Hamza Hamouchene define el colonialismo verde como «la extensión de las relaciones coloniales de saqueo y despojo […] a la era verde de las energías renovables», un proceso que mantiene «los mismos patrones globales de producción y consumo intensivos en energía» y «las mismas estructuras políticas, económicas y sociales que generan desigualdad» (Hamouchene 2023). Para Miriam Lang, Breno Bringel y Ann Manahan, el colonialismo verde describe la continua reivindicación del Norte sobre los recursos del Sur, ahora «con una capa verde añadida a las presiones extractivistas ya existentes» (2024). Identifican un conjunto de mecanismos —la imposición de regímenes de conservación, la subcontratación de la contaminación y la transformación del Sur en un mercado de «tecnologías verdes»— que, en conjunto, salvaguardan la asimetría del sistema mundial, incluso cuando su lenguaje ideológico se disfraza de sostenible. Nnimmo Bassey lo resume de forma sucinta: «El colonialismo verde es una fusión y una extensión del colonialismo político, económico y sociocultural» (2024). De manera similar, Bringel y Sabrina Fernandes distinguen el colonialismo verde del imperialismo ecológico clásico por su énfasis en la «fachada verde» de antiguas prácticas de apropiación, ahora centradas en minerales estratégicos y sumideros de carbono (2024). En conjunto, estas formulaciones presentan el colonialismo verde como una continuación directa del colonialismo histórico en la era de la crisis ecológica.[7]

De este modo, el «colonialismo verde» suele funcionar más como un recurso retórico que como un concepto analíticamente preciso. Si bien los fenómenos que describe son reales y tienen un impacto en la vida social de las poblaciones periféricas, sostenemos que el término es engañoso cuando se aplica a las relaciones ecosociales globales contemporáneas. Se basa en analogías históricas con el colonialismo clásico —ocupación territorial, dominio directo, limpieza étnica, genocidio— que no describen con precisión los regímenes de dominación y acumulación

[7] Una excepción parcial a esto podría ser la obra de Guillaume Blanc *The Invention of Green Colonialism* (2022), en la que no se limita a afirmar una continuidad ininterrumpida del colonialismo, sino que reconstruye minuciosamente cómo las agencias internacionales de conservación, desde la época colonial, realizaron la manufactura de una narrativa del «Éden africano» que justificaba el desalojo de las poblaciones locales. A través de la investigación de archivos y la historia oral, Blanc sostiene que las prácticas de conservación contemporáneas reproducen formas de exclusión y violencia al «inventar» la naturaleza, en lugar de heredar un entorno natural prístino. De otra manera, la contribución de Dhouha Djerbi a este número se refiere al término como una memoria vernácula movilizada por las comunidades de Gabès para describir las formas actuales de intervención lideradas por la UE, más que como una categoría analítica. En este sentido, su uso complementa, en lugar de contradecir, la perspectiva aquí planteada, destacando cómo los lenguajes populares de la queja se entrecruzan con —aunque no sustituyen — los análisis estructurales del imperialismo.

predominantes en la era actual (Suwandi 2019; Patnaik y Patnaik 2021). Si bien esos modos de subyugación persisten en diversos grados y contextos, la integración cada vez mayor de la mayoría de las sociedades en el sistema mundial capitalista —para el cual el colonialismo fue una etapa clave— ha reorientado los principales modos de captura y drenaje de valor hacia medios económicos, mientras que los medios coercitivos extraeconómicos adicionales se integran principalmente en las entidades estatales formalmente independientes formadas a lo largo del período neocolonial. En otras palabras: el sistema capitalista global opera hoy a través de una compleja jerarquía de Estados y corporaciones en la que la colonización formal ya no es el mecanismo principal de dominación, aunque siga presente en contextos específicos como parte del impulso expansivo del capital hacia la expansión e integración mundial.[8] Insistir en el carácter «colonial» de estas dinámicas conlleva el riesgo de caer en el anacronismo, pasando por alto lo novedoso y distintivo de las estructuras imperialistas contemporáneas de explotación y dominación.

Esta tendencia no es nueva. Como advirtió Harry Magdoff en su obra clásica sobre el imperialismo, «la simplificación excesiva que identifica el imperialismo con el colonialismo puro y simple no se ajusta ni a la teoría de Lenin ni a los hechos» (1969: 39). El imperialismo, argumentaba Magdoff, es una estructura de dominación dinámica y en evolución, que combina mecanismos económicos, políticos y militares que se adaptan a las nuevas situaciones de la reproducción capitalista. Abarca no solo la conquista directa de territorios, sino, sobre todo, los medios financieros, tecnológicos e ideológicos a través de los cuales el valor se drena continuamente de la periferia hacia el centro (Magdoff 1969: 39-40).

Visto desde esta óptica, el «colonialismo verde» recoge una intuición moral legítima, pero no es lo que el marxismo denomina un concepto teórico «históricamente determinado» (New Left Review Editors 1970, 98). Confunde formas de dominación históricamente distintas y, al hacerlo, oscurece la especificidad de un imperialismo contemporáneo que opera a través de los circuitos jerárquicos del capital global, y no a través de la administración colonial. La reestructuración «ecológica» del capitalismo impulsada por las empresas —su giro hacia las tecnologías «verdes», las finanzas «sostenibles» y los mercados de carbono— tiene, por lo tanto, la naturaleza de una mutación dentro del imperialismo, no como un resurgimiento del colonialismo (Pedregal y Lukić 2024). Lo que enfrentamos hoy no es un nuevo orden colonial, sino un orden imperial con ropaje verde; un intento de iniciar un nuevo ciclo de acumulación basado en una agenda verde en la que la periferia sigue abasteciendo mano de obra barata, recursos primarios, productos semiacabados y territorios para la reproducción de las relaciones de capital y el modo de vida imperial en el centro (Brand y Wissen 2021).

Un problema similar se plantea con el concepto de «extractivismo». Nacido como una crítica a las economías basadas en los recursos en Iberoamérica —en las que se exportan grandes volúmenes de recursos naturales como materias primas, lo que agrava el carácter de «enclaves» de las economías orientadas a la exportación—, se ha generalizado desde entonces para describir prácticamente cualquier forma de extracción de materiales, a menudo sin tener en cuenta sus determinantes sistémicos y específicos. Como argumentó Álvaro García Linera, el término «extractivismo» se ha inflado hasta convertirse en un eslogan ideológico que borra las distinciones entre la situación dependiente de las economías periféricas y las dinámicas de acumulación en el núcleo imperial (Linera 2013). Lo que comenzó como una crítica a la subordinación de las economías iberoamericanas a las exportaciones de materias primas se ha transformado en una noción aplicable a cualquier actividad industrial o basada en los recursos, independientemente de su orientación política o finalidad (ibíd.).

[8] La importancia de la crítica y la acción militante contra las relaciones coloniales y de colonialismo de asentamientos sigue siendo fundamental allí donde persisten. Por ejemplo, en América del Norte, Australia, Nueva Zelanda, Palestina, Puerto Rico, la isla de Irlanda, las Islas Malvinas (las llamadas «Islas Falkland»), Guam, las Islas Vírgenes de los EUA, la Polinesia Francesa y otros lugares.

De este modo, al igual que ocurre con el colonialismo verde, el extractivismo se ha convertido en una categoría que denota codicia, explotación o daño ecológico, más que en una categoría analítica precisa. Desde una perspectiva de sistemas mundiales, la extracción no es en sí misma una actividad históricamente novedosa ni inherentemente capitalista. Las sociedades humanas llevan milenios extrayendo recursos y transformando los entornos naturales (Ellis et al. 2021), pero nunca antes lo habían hecho mediante un modo con consecuencias tan planetarias. Lo que define al extractivismo capitalista no es el acto de extracción, sino las relaciones sociales que definen su propósito, su escala y su integración en los circuitos globales de producción de valor. Max Ajl, en su crítica a la ecología política contemporánea, señala que tales abstracciones reproducen una ceguera eurocéntrica ante las estructuras del capital monopolista que siguen organizando la división internacional del trabajo (Ajl 2023). Al centrarse en el acto material de la extracción en lugar de en las relaciones de monopolio y dependencia que la definen, el extractivismo corre el riesgo de presentar a la periferia como intrínsecamente culpable de la crisis ecológica, mientras deja intactos los centros imperiales de toma de decisiones y acumulación (ibíd.). Los países periféricos se limitan a participar en la cadena mundial de mercancías con su actividad extractivista, mientras que los países centrales las controlan y las aprovechan como mecanismo de drenaje de excedentes (Clelland 2012).

En este sentido, equiparar toda extracción con el extractivismo supone borrar la distinción entre la extracción de, por ejemplo, litio con fines de lucro empresarial y la extracción de recursos para la subsistencia, la reproducción social o la industrialización en proyectos socialistas —y otros modelos de organización social destinados al desarrollo nacional o a la liberación—. Eliminar esta diferencia tiene consecuencias políticas. Si toda forma de extracción es condenada como extractivista, entonces cualquier intento de las sociedades periféricas por buscar modos alternativos de industrialización o desarrollo, independientemente de las exigencias del centro, se vuelve sospechoso.

Paradójicamente, esta visión concuerda con las narrativas imperiales que desalientan el desarrollo autónomo en la periferia bajo el pretexto de la preocupación ecológica. Como ha señalado Guillaume Suing, condenar toda la extracción de hidrocarburos en países como Venezuela o Bolivia «como un aspecto negativo» del sistema equivale a ignorar la función dialéctica que desempeñan dichas actividades en la consolidación de la soberanía nacional y en la construcción de la base material para una eventual transición ecológica (2025: 42) . En la época colonial, la metrópoli construía la infraestructura económica en las colonias de acuerdo con sus propias necesidades, más que con las del desarrollo local (Williams 1994; Rodney 1972; Galeano 1973). De aquí que, para los jóvenes Estados descolonizados que heredan infraestructuras extractivas, el uso táctico de estos recursos puede constituir la única vía viable para financiar la educación, la diversificación energética, la industrialización alternativa e incluso la innovación agroecológica —algo especialmente difícil para países cuya economía orientada a la exportación se ha basado históricamente en materias primas de bajo valor (Nkrumah 1971; Beckford 1972; Amin 1976; Marini 2022). Aunque estas maniobras tácticas puedan resultar perjudiciales desde el punto de vista ecológico a corto plazo, a menudo constituyen un requisito previo para que estos Estados rompan con la dependencia económica y persigan su propio desarrollo ecosocial «autocéntrico» (Ajl 2025). Criticar tales estrategias desde el núcleo imperial —o desde sus satélites intelectuales y organizativos en la periferia— en nombre de la pureza ecológica, es defender una relación de dependencia enmascarada bajo una apariencia ecológica (Suing 2025).

La triste realidad es que, en las actuales situaciones geopolíticas —caracterizadas por sanciones, coacción financiera y amenazas militares—, un cierto grado de extracción de recursos resulta inevitable para las sociedades periféricas que buscan superar la dependencia y el desdesarrollo. Lo que importa no es el hecho de la extracción en sí, sino la dirección de los flujos de valor: si la extracción contribuye a la sangría y la acumulación en el centro o si sustenta la reproducción y el desarrollo popular en la periferia. Además, la fetichización del extractivismo como marco explicativo

universal conduce a menudo a lo que podríamos llamar universalismo abstracto: la construcción de categorías transhistóricas desligadas de modos de producción específicos (Geneciran 2024). Esta tendencia refleja otras nociones esencialistas dentro de la ecología política, que atribuyen la destrucción ecológica a una humanidad genérica en lugar de a la acción histórica del capital. En el caso del extractivismo, la abstracción del valor de sus características sistémicas da lugar a un aplanamiento de la jerarquía global que constituye el sistema mundial capitalista.

Para reintroducir la especificidad histórica, tenemos que, por lo tanto, situar la extracción en el marco del antagonismo material entre la necesidad del capital de acelerar los ciclos de acumulación y las temporalidades regenerativas de la naturaleza (Angus 2016). Se trata de una contradicción que se manifiesta de forma diferente en las distintas formaciones sociales. No todas las sociedades industriales establecieron relaciones interminables de extracción con la naturaleza. Como ha demostrado Engel-Di Mauro (2021), las experiencias socialistas a menudo buscaron restablecer una influencia benigna sobre el Sistema Tierra una vez alcanzada la industrialización, precisamente porque la producción no estaba subordinada a las leyes del valor.

El problema recurrente en estos debates es la sustitución del análisis históricamente concreto por universalismos abstractos. Especialmente entre los movimientos sociales, términos como «colonialismo verde» y «extractivismo», entre otros, suelen funcionar como referentes morales poderosos e importantes. Su fuerza retórica, sin embargo, no puede compensar su debilidad analítica. Al difuminar las distinciones entre las formas de dominación coloniales, neocoloniales y neoliberales, desvinculan la crítica ecológica de la especificidad histórica y estructural del sistema mundial capitalista actual.

No se trata solo de una cuestión teórica. La imprecisión de estos conceptos los hace vulnerables a la instrumentalización política. En los últimos años, los discursos sobre el colonialismo verde han sido apropiados de forma selectiva por instituciones, ONGs y medios de comunicación del núcleo imperial para deslegitimar a los gobiernos y movimientos del Sur Global que persiguen la industrialización soberana o la nacionalización de los recursos. Desde las campañas contra las políticas de litio de Bolivia antes del golpe de Estado de 2019, pasando por la descripción del Cinturón del Orinoco de Venezuela como un ecocidio, hasta el enfoque selectivo de las elecciones de Ecuador en torno a candidatos autodenominados «ecosocialistas» alineados con los intereses de EUA,[9] la lógica retórica que subyace al colonialismo verde y al extractivismo ha servido a menudo para enmascarar los objetivos imperiales bajo una fachada ecológica.

Estos ejemplos ponen de relieve la urgencia política de devolver el rigor analítico a la crítica ecológica. Para hacer frente de manera eficaz a la agenda capitalista verde que se esconde tras el ecomodernismo, nuestras categorías tienen que reflejar las jerarquías estructurales del sistema mundial y las dinámicas de transferencia de valor que las sustentan. El concepto de imperialismo, es decir, el modo jerárquico mediante el cual opera el capital a escala mundial, nos permite

[9] En el caso de Bolivia, el enfoque ecológico ambivalente de la política de soberanía sobre los recursos quedó patente durante los incendios de 2019, cuando grupos como Extinction Rebellion protestaron simultáneamente ante las embajadas de Bolivia y Brasil en Londres, equiparando a los gobiernos de Evo Morales y Jair Bolsonaro. Ambiguidades similares aparecieron meses después, durante el golpe de Estado, en las intervenciones de intelectuales destacados como Pablo Solón, Silvia Rivera Cusicanqui, Raúl Zibechi y María Galindo (véase Democracy Now! 2019; y Pedregal 2020). En cuanto a Venezuela, un artículo de opinión en The Washington Post firmado por Francisco Dallmeier (director del Centro para la Conservación y la Sostenibilidad del Instituto Smithsonian de Biología de la Conservación) y Cristina V. Burelli (una autodenominada emprendedora social venezolano-estadounidense e impulsor clave de SOSOrinoco, una ONG vinculada a redes de política exterior de EUA de larga trayectoria), presentaron el Cinturón del Orinoco como prueba de «destrucción ambiental» y «ecocidio», exigiendo que «el mundo [actuara]» (Dalmeier y Burelli 2021). La narrativa cobró mayor impulso días después, cuando The Guardian publicó un artículo en el que se pedía que el ecocidio fuera reconocido como delito internacional (Mehta y Jackson 2021). En cuanto a Ecuador, una carta abierta de 2021 firmada por figuras destacadas del ámbito de la ecología política, el ecologismo y las ciencias sociales exigió la retractación de artículos publicados y reproducidos en Jacobin y Monthly Review, respectivamente, por exponer lo que percibían como representaciones controvertidas del candidato presidencial Yaku Pérez como una alternativa «ecosocialista», a pesar de documentar su alineamiento con actores anticorreístas respaldados por EUA (véase New Politics 2021; Norton 2021; Rogatyuk 2021).

comprender las contradicciones ecológicas no como residuos de una era colonial ya pasada, sino como rasgos integrales de un sistema mundial contemporáneo que reproduce la dependencia a través de nuevos regímenes tecnológicos y medioambientales.

La «ecologización» del imperialismo pone de manifiesto los mecanismos mediante los cuales el capital global reconfigura sus modos de acumulación en respuesta a las perturbaciones ecológicas que él mismo ha creado. Entre estos mecanismos se incluyen la financiarización de la naturaleza, la creación de mercados de carbono y el establecimiento de las cadenas globales de suministros para las «tecnologías verdes», que reproducen las mismas relaciones entre centro y periferia que la economía basada en los combustibles fósiles. Bajo la bandera de la sostenibilidad, el centro imperialista busca asegurarse el acceso continuo a los materiales y la mano de obra de la periferia, al tiempo que garantiza que los costes ecosociales de esta operación también recaigan sobre la periferia (Kadri 2023). En este sentido, la denominada «transición verde» no se refiere a una ruptura con el orden imperialista, sino a su adaptación ecosocial.

A diferencia de los conceptos de «colonialismo verde» y «extractivismo», un análisis basado en las categorías del imperialismo y la dependencia permite comprender de forma dialéctica tanto la continuidad como la transformación. Nos permite rastrear cómo la crisis ecológica no es el resultado de una «colonialidad del poder» indiferenciada, sino de un proceso concreto de acumulación y dominación que ha ido mutando a través de sucesivas formas históricas. También nos permite reconocer que no todas las formas de modernización son equiparables. Mientras que la modernización capitalista agrava la dependencia y la degradación ecológica debido a las leyes de movimiento del capital a escala mundial, la modernización socialista —a pesar de sus diversos enfoques y contradicciones— ha demostrado históricamente la capacidad de reorientar la producción hacia las necesidades colectivas y la sensibilidad ecológica una vez que se suspenden los imperativos de la acumulación.

En última instancia, la tarea de una crítica ecológica marxista no consiste en oponerse a la modernidad en abstracto, sino en poner al descubierto sus contradicciones: su pasado y su presente opresivos, así como su potencial emancipador. La cuestión ecológica, al igual que la cuestión del desarrollo, es política y no puede resolverse mediante la abstención moral o regresiones románticas al primitivismo o a imaginarios preindustriales. Requiere una comprensión concreta de cómo el capitalismo global organiza las fuerzas de producción —la naturaleza, el trabajo, la tecnología y las infraestructuras— y de cómo estas relaciones podrían superarse en el marco de un orden social comunitario.

Cuestionando la Modernidad

El 1 de septiembre de 2025, las aguas frente a la costa venezolana se convirtieron en el punto álgido de un nuevo tipo de frente de batalla. El primer ataque de las fuerzas militares de Estados Unidos contra presuntas embarcaciones de narcotraficantes desencadenó un mensaje global sobre la soberanía y los límites de la guerra imperial. A mediados de noviembre, la campaña ya había dejado al menos 80 muertos en unos 20 ataques contra 21 embarcaciones. «Yo no iría a pescar ahora mismo a esa parte del mundo», bromeó el vicepresidente de EUA, J. D. Vance, tras las operaciones (Dobkin 2025). El comentario sarcástico subraya cómo, en el mundo de la modernización bajo la situación imperial, la periferia sigue siendo un terreno peligroso bajo asedio: un lugar tanto para el dominio de los recursos como un escenario del poder cinético.

Empero, en esas mismas aguas que ahora se ven amenazadas por buques de guerra y drones, se desarrolla silenciosamente otra narrativa de modernización. En la costa venezolana, tal y como señalan Chris Gilbert y Cira

Pascual Marquina, los pescadores afrodescendientes de la Comuna del Palmarito articulan un horizonte diferente: la pesca comunal, la planificación popular y la defensa de la soberanía nacional frente a la amenaza imperialista marcan una transición social arraigada en el experimento comunal bolivariano (Gilbert y Pascual Marquina 2025a). «EUA quieren nuestras riquezas —nuestro petróleo y nuestros minerales—, pero nosotros defendemos nuestra soberanía», afirma un miembro de la comuna. Esta yuxtaposición pone de manifiesto la dialéctica de la modernidad y la modernización no solo en términos de cambio tecnológico o crecimiento de la productividad, sino como un terreno político de soberanía disputada y modos alternativos de formaciones sociales. Los bombarderos a reacción que sobrevuelan el Caribe dramatizan una posible modernidad: imperial, explotadora y militarizada. Las redes comunales lanzadas al amanecer en Palmarito ilustran otra basada en la emancipación antiimperialista, la reproducción social, la ayuda mutua y la cooperación ecosocial. Bajo asedio, este caso ilustra el papel que puede desempeñar el Estado —a través de su defensa de la soberanía nacional frente a la amenaza imperial, y a pesar de la complejidad de las dinámicas internas y la lucha de clases— a la hora de proporcionar las bases materiales para que surja la forma de comunalidad, no simplemente como una experiencia social aislada, sino como la base de una transición hacia el socialismo (Gilbert 2023; Gilbert y Pascual Marquina 2025b).[10]

El ejemplo del internacionalismo médico cubano (López Blanch 2005; Yaffe 2023) —junto con su inversión en el sector farmacéutico y biotecnológico, la agricultura ecológica y la agroecología— constituye otro ejemplo de modernización reorientada. Más allá de la caridad, los médicos cubanos en el extranjero, incluso en países centrales como Italia (Pata et al. 2024), señalan un modo de solidaridad arraigado en el conocimiento socializado y la cooperación, más que en la fuga de valor y la acumulación, del mismo modo que su solidaridad militar en Angola, por ejemplo, contribuyó a la posterior desintegración del régimen del apartheid sudafricano (Gleijeses 2002, 2013). Estas situaciones también se extienden mucho más allá de Iberoamérica. En Oriente Medio, el impulso modernizador de Irán —bajo asedio regional y al frente del Eje de la Resistencia, a través del cual apoya materialmente la causa palestina— demuestra que, incluso para un país no socialista, un plan de desarrollo soberano como su programa nuclear es inseparable de la capacidad de resistir la depredación imperial y sus avanzadillas regionales. Al igual que la intervención en Libia contra Muamar el Gadafi envió una señal a otros países periféricos —en particular a la RPDC—, el caso de Irán revela cómo la soberanía sobre la modernización sigue siendo fundamental para la emancipación colectiva, no solo como una cuestión de tecnología, sino de bases materiales para una reproducción social autóctona que pueda desafiar eficazmente la lógica de acumulación del capital global. En las actuales y amenazantes circunstancias geopolíticas, este esfuerzo antisistémico —a pesar de sus disputas y contradicciones internas— tiene implicaciones fundamentales, ya que sus efectos trascienden los intereses locales para constituir la situación de posibilidad de una liberación palestina en medio del genocidio.

Desde las iniciativas de conservación soviéticas (Brain 2011; Engel-Di Mauro 2021) o las comunas populares de la China socialista temprana (Schmalzer 2016) hasta los ambiciosos planes ecológicos y de reforestación en Nicaragua tras la Revolución Sandinista (Faber 1999) o el Burkina Faso de Thomas Sankara (Murray 2018), desde el giro hacia la agricultura ecológica y la promoción de la agroecología en Cuba (Levins 2008; Clausen et al. 2015) hasta las reformas agrarias de Zimbabue (Moyo y Yeros 2005) o las comunas bolivarianas de Venezuela (Gilbert 2023), el desarrollo antiimperialista y soberano se erige como un contramodelo frente a los paradigmas de la modernidad y la

[10] El proyecto de la comuna bolivariana difiere notablemente de los modelos anarquistas o autonomistas que pretenden construir formas de vida comunitaria dejando de lado, o rechazando explícitamente, la cuestión del poder estatal. Como señalan Gilbert y Pascual Marquina (2025b), «a diferencia del zapatismo y otros movimientos contemporáneos que habían dejado de lado en gran medida la cuestión del poder estatal, el movimiento bolivariano tomó efectivamente el poder político en 1999», lo que permitió al presidente Hugo Chávez promover la comuna como la Vía estratégica para «construir el socialismo a través de la comuna». Esta orientación —que vincula la construcción comunal de base a un proyecto estatal comprometido, al menos en principio, con el desarrollo soberano y la transición socialista— marca una divergencia sustancial con respecto a los modelos que no pretenden transformar ni ejercer las estructuras estatales en la práctica.

modernización arraigados en el guion ecomodernista del núcleo imperial, así como frente a sus variantes socialchovinistas dentro de la izquierda. Aquí la modernidad no es la marcha homogeneizadora del capital, sino el escenario de la contienda política sobre quién define el desarrollo, quién controla los medios para ello (incluidos los medios tecnológicos) y cuya reproducción importa.

Se trata de posiciones socioeconómicas, ecológicas y epistemológicas fundamentales que rechazan la concepción de la modernidad como un camino lineal universal, capturado y aprovechado por el capital. La modernidad se replantea como un terreno de lucha, en el que la periferia no se concibe como un espejo rezagado del centro, sino como un posible trampolín hacia una modernidad verdaderamente emancipadora. Reevaluada de este modo, la cuestión que plantea la modernización no es cómo facilitar mejor el desarrollo teleológico de las fuerzas productivas, sino qué significa situar su desarrollo bajo la dirección de la planificación comunitaria, la soberanía antiimperialista y la reproducción ecosocial. Las bombas en el Caribe contra los pescadores y las redes en las comunas pesqueras bolivarianas como Palmarito son, de hecho, las dos caras de la misma matriz de la modernidad: una moldeada por el mando imperial, la otra por el mando popular.

En este sentido, es significativo observar que el fundamento ideológico del ecomodernismo reside en su pretensión de apropiarse de la modernidad. Tanto su variante capitalista como la de izquierda reducen la historia de la modernidad a la historia del propio capitalismo. Al identificar la modernización con el desarrollo capitalista (y el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas), el ecomodernismo erige un muro entre el desarrollo capitalista moderno y su supuesta negación, deslegitimando —de forma explícita o no— cualquier vía alternativa hacia la transformación tecnológica y social fuera del orden capitalista. Esta apropiación de la modernidad es una falsificación histórica ya desmontada por el propio Marx. En su correspondencia con la revolucionaria socialista rusa Vera Zasulich y en sus estudios etnológicos de la década de 1870, Marx vislumbró la posibilidad de una transición al socialismo que no reprodujera la trayectoria capitalista liderada por Occidente.

A finales de la década de 1870, Marx había tomado plena conciencia de que la expansión mundial del capitalismo no era un proceso homogéneo, sino desigual, que generaba una multiplicidad de formas sociales que no podían reducirse al modelo de Europa Occidental (Shanin 1983; Kohan 1998; Anderson 2025; Harootunian 2017; Musto 2020). En los borradores de su Carta a Zasulich de 1881, Marx rechazó el esquema determinista que había dominado algunas de sus propias interpretaciones tempranas. La obshchina rusa —la comuna agraria basada en la propiedad común— no aparecía como un mero residuo del feudalismo, sino como una forma social viva capaz, en situaciones políticas favorables, de convertirse en la base material de una transición socialista; es decir, «capaz de incorporar los logros positivos del sistema capitalista, sin tener que pasar por su duro tributo» (Marx 1881). «De este modo, puede convertirse en el punto de partida directo del sistema económico hacia el que tiende la sociedad moderna; puede abrir un nuevo capítulo que no comience con su propio suicidio» (ibíd.). Esto no era un respaldo al agrarismo romántico, sino un reconocimiento de que el camino más allá del capitalismo podía surgir de la desigualdad de su subsunción formal (Harootunian 2017). Como tal, implicaba un avance teórico radical dentro del materialismo histórico: la historia no podía entenderse simplemente como una sucesión unilineal de etapas, sino como una totalidad diferenciada atravesada por múltiples temporalidades y ritmos. El capitalismo, lejos de homogeneizar el mundo, producía continuamente zonas donde persistían las relaciones precapitalistas y que podían transformarse potencialmente en recursos revolucionarios.

La subsunción formal se convirtió así, para el Marx tardío, no solo en una categoría económica, sino en una situación política. Designaba la coexistencia de formaciones sociales capitalistas y no capitalistas, su interpenetración mutua y el potencial de transición que encerraba tal desequilibrio. En este sentido, la obshchina no era un anacronismo que

debiera superarse, sino un espacio estratégico en el que podía reorientarse la dialéctica del desarrollo global. Las formas de trabajo colectivo y propiedad comunal conservadas en la obshchina podían servir de base para una modernidad distinta y no capitalista, siempre que el movimiento revolucionario las articulase a través de una orientación política hacia la emancipación colectiva. Esta perspectiva desestabilizó la teleología eurocéntrica de la modernidad y abrió el camino a una comprensión mundial e histórica del socialismo arraigada en una pluralidad de modos, más que en un progreso lineal. La carta de Marx a Zasulich —junto con sus estudios sobre sociedades no occidentales y la investigación etnológica de la época— marca el umbral de una modernidad diferente que no se mide por la universalización de la producción capitalista de mercancías, sino por la emancipación de la vida social de las relaciones de valor (Tomba 2019; Marx 1974, 2021).

La apropiación de la modernidad por parte del capital funciona como un cercamiento global. Transforma un proceso históricamente plural y contradictorio en una narrativa unívoca de ascenso civilizatorio, con Europa y, más tarde, Norteamérica como fuerzas motrices. Este «monólogo de la modernidad» (Zea 1978; Dussel 2002) construye al resto del mundo como un seguidor periférico, condenado bien a la imitación, bien a la obsolescencia. Al presentar las soluciones tecnológicas como una fuerza universalmente benéfica —o como algo central para el desarrollo de las fuerzas productivas necesarias para el avance de la clase obrera industrial en el centro—, desplaza la cuestión del poder y la propiedad del terreno del desarrollo, particularmente en el Sur Global. La llamada «transición verde» aparece así como un proyecto neutral y tecnocrático, abstraído de las relaciones sociales que determinan su propósito, en lugar de como un medio ideológico y geopolítico de renovación imperial. Como tal, el ecomodernismo reproduce el encerramiento ideológico de la modernidad dentro de parámetros capitalistas y eurocéntricos. Al hacerlo, hereda la epistemología imperial que equipara la modernidad con la racionalidad capitalista occidental. El resultado es una doble exclusión: por un lado, naturaliza el capitalismo como el único portador posible de la modernidad; por otro, presenta los experimentos no capitalistas —desde los zapatistas hasta la construcción socialista soviética o cubana— como «antimodernos», «atrasados» o «irracionales».

El ecomodernismo reproduce el encerramiento ideológico de la modernidad dentro de parámetros capitalistas y eurocéntricos.

Esta exclusión no es meramente epistémica, sino geopolítica. La propia estructura del sistema mundial capitalista se basa en la monopolización de los medios de modernización —tecnológicos, financieros y epistemológicos— y en su negación a la periferia (Wallerstein y Hopkins, 1982; Chase-Dunn, 1998; Osorio, 2016; Marini, 2022). La ideología del desarrollo sostenible, con su discurso de «transiciones verdes» y «eficiencia», funciona hoy en día como un mecanismo para reproducir ese monopolio bajo un disfraz ecológico.

Sin embargo, desde el punto de vista de los últimos escritos de Marx, la modernidad no es ni un regalo europeo ni un monopolio capitalista. Bajo el dominio capitalista, se ha convertido en un proceso global marcado por el Intercambio Desigual y la violencia: expropiaciones coloniales, explotación de vidas y ecosistemas, y apropiación epistémica y del conocimiento. El concepto mismo de racionalidad moderna surgió a raíz del encuentro colonial: la pretensión de universalidad de Europa fue posible gracias a la extracción no solo de recursos, sino también de riqueza cognitiva y cultural del mundo colonizado (Graeber y Wengrow 2022; Temin 2023a). La «razón» de la Ilustración fue, desde el principio, una razón dividida, una que postulaba su propia superioridad silenciando el conocimiento que sustentaba su base material.

En sus Cuadernos etnológicos, Marx reconoció que la modernidad siempre había sido un proceso híbrido y sincrético: el propio capitalismo europeo había dependido de los conocimientos tecnológicos y agrícolas apropiados de Asia,

África y América (Marx, 1974). Incluso un pensador descolonial heterodoxo como Enrique Dussel ha argumentado posteriormente que la modernidad surgió del choque colonial como un acontecimiento «transmoderno» en el que el conocimiento indígena y campesino interactuó, a menudo de forma violenta, con la racionalidad europea (Dussel 2002, 2015: 257–294). Como tal, Dussel entendería la modernidad no como

> *no como un proceso intraeuropeo fruto de una invención eurocéntrica, sino como un producto de la gestión de la «centralidad» del sistema mundial, que utilizó la información cultural de las civilizaciones «periféricas»… como fuente de extracción de riqueza… y de conocimiento… que fueron reelaborados por Europa en su función dialéctica de recepción no reconocida… y expansión dominante* (Dussel 2015: 316–317).

De aquí que recuperar la modernidad más allá del capital exige enfrentarse a su genealogía imperial. Las críticas anticoloniales y antiimperiales a la economía colonial e imperial —desde Lenin hasta Mariátegui o Mao, y desde Fanon o Cabral hasta Guevara o Rodney— parten del reconocimiento de que la periferia no es un receptor pasivo del progreso extranjero, sino el lugar activo de la renovación histórica. En ellas, la modernidad se reescribe en situaciones de restricción y necesidad, pero también de invención colectiva y anhelo de liberación. Una modernidad antiimperialista, por lo tanto, no podría surgir de la negación plana de la modernidad per se, sino del enfoque dialéctico de su potencial liberador y de la lucha contra su forma imperial. Esto significa una recuperación de la pluralidad de sus orígenes y de su potencial para reorientarse hacia el florecimiento colectivo de todas las formas de vida.

En efecto, una genealogía plural de la libertad, la igualdad y la fraternidad revela que las manifestaciones más profundas de estos ideales han surgido, en realidad, más allá del núcleo imperial. La Revolución Haitiana, impulsada por africanos esclavizados que se apropiaron de esas mismas promesas y las universalizaron contra el orden colonial, constituye la demostración más clara de que el verdadero potencial emancipador de la modernidad solo podía ser consumado por aquellos a quienes la modernidad capitalista consideraba fuera de su alcance (James 2001). Este principio guió las revoluciones del siglo XX y en ningún lugar es más clara esta dialéctica que en los experimentos socialistas del Sur Global.

La experiencia de China durante la era maoísta, por ejemplo, constituye un caso paradigmático de modernización ecocomunista. La Revolución Verde china no fue una réplica de la modernización agraria occidental, sino su inversión (Schmalzer, 2016). Lejos de ser una imposición tecnocrática, la agricultura científica en la China socialista combinaba la agronomía moderna sistematizada con los conocimientos campesinos locales, organizados mediante el trabajo colectivo y la participación masiva en el marco de la planificación estatal. El objetivo no era maximizar el beneficio o el rendimiento en sí mismo, sino elevar el nivel de vida al tiempo que se mantenía la restauración ecológica y el empoderamiento rural. Este proceso encarnaba lo que Mao denominó la «unidad de la teoría y la práctica» y la subordinación de la tecnología al mando político (Mao 1941). El desarrollo de las fuerzas productivas no se perseguía como un fin en sí mismo, sino como un medio para abolir la pobreza, la dependencia y la vulnerabilidad ecológica. Es crucial recordar que la visión ecosocial maoísta no surgió de la abundancia, sino de la escasez: un entorno de sanciones, aislamiento y recursos limitados. Precisamente bajo estas limitaciones, la China socialista transformó la necesidad en una fuente de innovación, cultivando las bases para la liberación nacional al tiempo que demostraba que la modernización podía reorientarse fuera del circuito imperial del capital (sobre los esfuerzos contemporáneos de modernización de la «democracia popular de todo el proceso» en China, véase Wargan y Hickel 2025).

Otros proyectos antiimperialistas se inspiraron en principios similares. Cuba recurrió a la agricultura ecológica y a modelos alternativos de organización social e intelectual —como el programa «de campesino a campesino» (Rosset et

al. 2011)— para hacer frente a los dramáticos retos que planteaba el Período Especial para la reproducción social de la isla, mientras que las instituciones científicas revolucionarias —encarnadas en sus programas de biotecnología y medicina— redefinieron la relación entre ciencia y soberanía (Lage Dávila 2024). La producción de conocimiento se convirtió en un instrumento para avanzar en la soberanía y hacer frente al asedio imperial, no para la acumulación corporativa. En Zimbabue, la reforma agraria buscó revertir la expropiación colonial de los recursos productivos, transformando los patrones de propiedad como condición previa para la restauración metabólica ecosocial (Moyo y Yeros 2005). Y, como se ha mencionado anteriormente, en Venezuela, el proceso bolivariano ha utilizado los ingresos del petróleo para financiar la infraestructura social y promover las comunas como núcleos de planificación participativa con el fin de imaginar un Estado de comunalidad, al tiempo que se enfrentan las contradicciones de una economía rentista bajo asedio (Gilbert 2023; Gilbert y Pascual Marquina 2025a, 2025b).

Estos y otros experimentos se enfrentaron a enormes presiones: sanciones económicas, contradicciones internas y el ataque ideológico del imperialismo —tanto el «clásico» como el «verde»—. Empero, en su conjunto, ilustran una orientación coherente: el intento de subordinar el desarrollo de las fuerzas productivas a los objetivos de la soberanía colectiva, como base material para la emancipación. En cada caso, el desarrollo se concibió no como una imitación de la modernidad capitalista, sino como su negación dialéctica a través de la dirección política (véase más sobre esto en García Molinero y Pedregal 2024; Nabolsy 2019; Temin 2023b).

Una amplia variedad de experiencias anticolonialistas, antiimperialistas y socialistas ha confirmado, por tanto, que el capitalismo nunca ha agotado las posibilidades de la modernidad. Estos movimientos han sido los verdaderos portadores de los objetivos emancipadores de la Ilustración. Recuperar la modernidad de sus encierros imperiales requiere, por tanto, recuperar sus múltiples y contradictorios linajes: sus horizontes transmodernos, su resistencia antiimperialista y sus logros comunistas que proliferan en las luchas de los oprimidos. Sus luchas hacen más que resistirse a la dominación occidental: plantean un desafío práctico, político y epistemológico a la reducción eurocéntrica de la modernidad al orden social capitalista. Al hacerlo, revelan que la lucha antiimperialista no es un rechazo de la modernidad, sino su culminación dialéctica, un intento de recuperar y rearticular su contenido emancipador al tiempo que se rechaza su subordinación a un orden social regido por el valor de cambio, la acumulación y la jerarquía imperial (Pedregal 2025: 273–286).

Es en este sentido donde la aspiración de Fanon de «reintroducir a la humanidad en el mundo, a toda la humanidad» (Fanon 1963: 106) adquiere su significado ecosocial. Para Fanon, al igual que para los revolucionarios que le precedieron y le sucedieron, lo universal no es algo dado, sino que se produce a través de la violencia dialéctica —que se materializa en las luchas de aquellos a quienes la modernidad capitalista excluyó—. La tarea, pues, consiste en ampliar el horizonte emancipador de la modernidad, no abandonándola ni aceptando su deformación imperial, sino refundándola en la praxis comunal, insurgente y de alcance histórico-mundial de quienes han luchado y luchan por completarla.

Hacia una Ecología Comunista (con Características Antiimperialistas)

En el sistema mundial contemporáneo, vastas regiones se integran en los circuitos de acumulación a través del Intercambio Desigual y la dependencia. Pero, aunque su mano de obra, sus recursos y sus territorios son explotados por el capital, sus formaciones sociales conservan elementos de resistencia no capitalistas: la tenencia comunal de la tierra, la producción cooperativa y la planificación popular. Cualquier posible proyecto político comunista tiene la tarea de articular estos residuos en una nueva síntesis, transformando el «atraso» producido por el imperialismo capitalista en

una base para un desarrollo autosuficiente. En este contexto, la tarea de un modo comunista de ecología debe recuperar el proyecto de la modernidad como un campo de lucha: separar el modernismo de su orientación capitalista hacia la mercantilización y la valorización, y reorientarlo hacia la emancipación ecosocial colectiva. Pero esto no sería suficiente. Un proyecto comunista antiimperialista y ecológico debería reconocer la jerarquía desigual a través de la cual se organiza el sistema mundial y, en consecuencia, ver en esta desigualdad no un defecto que corregir «poniendo al día», sino una situación para la movilización estratégica en todos los frentes. No se trata de rechazar el desarrollo económico o tecnológico per se, como en muchos discursos pos-extractivistas e incluso de decrecimiento, sino de someterlo a una planificación política, subordinando esos procesos a los objetivos estratégicos de la emancipación socialista.

La política antiimperialista tiene, por lo tanto, que estar en sintonía con las contradicciones del desarrollo capitalista y con la naturaleza ambivalente de sus avances. La geografía desigual del capitalismo es tanto el resultado de sus contradicciones inherentes como el terreno de su posible negación. Toda reivindicación de universalizar el desarrollo capitalista es un intento de naturalizar los vínculos de sus periferias con los regímenes de dependencia establecidos por el centro, pero también puede representar una alternativa a su reproducción. En ese sentido, la reivindicación de una modernidad comunista parte de la premisa de que las experiencias revolucionarias emancipadoras encarnan una «política del conocimiento» basada en la praxis colectiva.

Las experiencias socialistas de los siglos XX y XXI demuestran que, incluso bajo asedio o amenaza, el desarrollo puede desvincularse en cierta medida de la imposición imperialista cuando se guía mediante el liderazgo político, la planificación social y la participación popular. La ciencia no era un privilegio de los expertos, sino un bien común que debía desarrollarse a través de la dialéctica y la participación. Esta democratización del conocimiento formaba parte de un modo de modernización: un intento de poner la ciencia y la planificación al servicio de un objetivo socialista: la subsunción del conocimiento moderno bajo las exigencias populares y planetarias, lo que al mismo tiempo hace que la producción de conocimiento sea inseparable de la producción de nuevas relaciones sociales. Pensar hoy en un desarrollo antiimperialista es rechazar la dicotomía ideológica entre el progreso capitalista y la regresión antimoderna. De ello se deduce que la alternativa materialista al ecomodernismo no reside en una retirada moral de la producción, sino en su reorganización colectiva en beneficio de la reproducción social y la reparación ecológica.

Pero las crisis ecológicas mundiales tampoco pueden resolverse con llamamientos a reducir el consumo ni con esfuerzos por gestionar las emisiones mediante medios tecnocráticos, como proponen algunos defensores del decrecimiento (Fitzpatrick et al. 2022). La urgencia de nuestra situación exige una reorganización revolucionaria de la economía mundial: la socialización de los medios de producción, la desmercantilización de la vida social y la naturaleza, y la redistribución de las capacidades tecnológicas a escala planetaria. Entendemos que solo un proyecto comunista antiimperialista puede lograrlo, pues solo una perspectiva antiimperialista puede hacer frente a las asimetrías estructurales que sustentan la degradación ecológica y el subdesarrollo social. Este proyecto exige una nueva síntesis de ecología y comunismo. Si la ecología sin antiimperialismo puede caer en el moralismo, el comunismo sin ecología puede convertirse en mero economismo. El horizonte ecológico del comunismo y el potencial de su modelo de modernización social no residen, por lo tanto, en la regresión, sino en la integración consciente de las fuerzas productivas de la humanidad con los ciclos metabólicos del planeta. Si «el reino de la libertad» ha de surgir donde «termina la necesidad y la conveniencia externa» (Marx 1991, 958–959), la liberación de la valorización del capital y la dependencia imperial siguen siendo fundamentales para un programa ecosocial comunista.

Al recuperar la modernidad del imaginario ecomodernista e imperialista, el comunismo antiimperialista no renuncia al desarrollo, sino que lo redefine. Transforma el significado mismo de la modernidad: de la dominación sobre los valores naturales y sociales a una mediación planificada con ambas esferas; de la búsqueda de la acumulación a la de la reproducción de la vida social; de la jerarquía imperial a la restauración y la solidaridad planetarias. Frente a la visión ecomodernista del Consejo de Relaciones Exteriores de un futuro geoingenerizado, o a la visión de Klein y Thompson de la «abundancia» imperialista, el desarrollo antiimperialista afirma que la modernización sigue siendo una cuestión política sobre la acumulación y la explotación a escala mundial. Recuperar la modernidad en este sentido es completar la obra inconclusa de Marx y de aquellas revoluciones que han buscado construir, sobre las ruinas del imperio, una modernidad más allá del capital, arraigada en la solidaridad internacional y la planificación ecosocial colectiva.

Acerca de las Contribuciones al Número Especial

Antes de pasar a los artículos que componen este número especial, tenemos que ofrecer al lector una serie de aclaraciones. Las contribuciones aquí reunidas abordan los rasgos imperialistas del ecomodernismo desde una amplia variedad de perspectivas teóricas, políticas y geográficas. Esta diversidad es intencionada. El objetivo central de esta recopilación no es imponer un único marco interpretativo para comprender la relación entre el imperialismo y el ecomodernismo, ni presentar un diagnóstico unificado de las formas en que estos fenómenos se articulan hoy en día. Por esta razón, los artículos incluidos en este volumen no se alinean necesariamente de forma plena con las posiciones específicas que hemos planteado en esta introducción. Tampoco despliegan de manera uniforme las mismas herramientas teóricas, horizontes estratégicos o interpretaciones históricas. Tal unanimidad no es esperada ni deseada. Más bien, el número reúne contribuciones animadas por un compromiso compartido: ampliar y profundizar la teoría antiimperialista, la práctica militante y la investigación crítica mediante la clarificación de las fuerzas de dominación a las que se enfrentan los movimientos antisistémicos en la actualidad.

Lo que une a estas contribuciones, a pesar de sus diferencias, es su agudeza analítica compartida y su oposición común a las articulaciones imperiales contemporáneas del ecomodernismo. Cada artículo, a su manera, aborda las contradicciones ecosociales y geopolíticas del sistema mundial capitalista. Cada uno identifica, cuestiona y critica los mecanismos imperiales —materiales, ideológicos, tecnológicos o institucionales— arraigados en las narrativas dominantes de la transición ecológica. Y cada uno lo hace desde una posición que amplía, en lugar de reducir, el horizonte del pensamiento ecológico antiimperialista. Es con este espíritu que invitamos al lector a sumergirse en los textos que siguen.

Los cuatro primeros artículos de la recopilación abordan la relación entre el imperialismo y el ecomodernismo desde un enfoque basado en datos empíricos, aunque principalmente teórico. El comentario de Jason Hickel, «Ecomodernismo, Crecimiento Verde y el Orden Imperial», abre el número con un desmontaje sistemático de uno de los pilares ideológicos fundamentales del ecomodernismo: la creencia de que el crecimiento capitalista puede ser ecológicamente sostenible mediante la sustitución tecnológica, las ganancias de eficiencia y la expansión de las infraestructuras «verdes». Siguiendo la estela de los académicos antiimperialistas, Hickel sitúa esta afirmación dentro de la dinámica estructural del sistema mundial capitalista, mostrando que la viabilidad ecológica de las economías centrales siempre ha dependido de un acuerdo imperial que garantiza un flujo continuo de mano de obra barata, energía, tierra y materias primas procedentes de la periferia. El eco-modernismo —ya sea en sus variantes explícitamente capitalistas o en las formulaciones de izquierda que imaginan extender el consumo al estilo del centro («SUV y cruceros para todos») a todo el mundo— ignora sistemáticamente este fundamento imperial. Hickel propone una alternativa ecosocialista basada en la planificación pública, el control democrático de la producción, la reducción del consumo energético agregado en el

centro y el apoyo a las luchas de liberación nacional en el Sur —precisamente las fuerzas cuya emancipación socavaría el sustento imperial del que depende en última instancia el ecomodernismo del crecimiento verde.

La contribución de Mariko Lin Frame, «Profundizando en la Crítica: Modernización Ecológica y Diversidad Biocultural en el Sistema Mundo Capitalista», ofrece una crítica muy diferenciada de la modernización ecológica al situarla junto a un paradigma a menudo marginado en la política medioambiental dominante: la diversidad biocultural. A través de una perspectiva de sistemas mundiales, Frame muestra que lo que comúnmente se presenta como una solución tecnocrática y beneficiosa para todos a la crisis ecológica está, de hecho, arraigado en la larga trayectoria de dominación colonial, acaparamiento verde e imperialismo ecológico. De ese modo, la promesa ecomodernista de conciliar el crecimiento capitalista con la estabilidad planetaria no solo reproduce las desigualdades globales, sino que acelera la extinción de la diversidad biocultural, borrando sistemas milenarios de conocimiento, gobernanza y prácticas ecológicas que persisten en los mundos de vida no capitalistas e indígenas. Frame profundiza en las críticas existentes al poner de relieve las pérdidas culturales y epistémicas, a menudo ignoradas, que acompañan al imperialismo verde: la destrucción de lenguas, cosmologías y conocimientos ambientales que constituyen la infraestructura viva de la diversidad planetaria. El artículo amplía así lo que está en juego en el debate sobre el ecomodernismo al revelar que la lucha contra el imperialismo ecológico es también una lucha por la supervivencia de los mundos no capitalistas y la pluralidad epistémica en la que cualquier transición ecológica justa tiene que basarse.

El artículo de Max Ajl, «Casas de los Espejos Verdes: una Crítica a la Crítica del Eco-Modernismo», plantea una aguda crítica a la dicotomía dominante que estructura el pensamiento ecologista contemporáneo del Norte —el eco-modernismo frente al decrecimiento/posdesarrollo— y sostiene que ambas constituyen un conjunto de posiciones reflejadas y mutuamente limitantes, propias de una casa de los espejos, que más confunden que aclaran. Para Ajl, a pesar de su aparente oposición, ambos enfoques comparten importantes puntos ciegos analíticos: rechazan un análisis de clase global capaz de comprender el imperialismo contemporáneo; desestiman el imperativo histórico y estratégico de la industrialización soberana y la liberación nacional en la periferia; no conciben la tecnología como un terreno de lucha, sino como un objeto de aceptación utópica o de sospecha categórica; y reducen el imperialismo a flujos circulatorios economicistas que ocultan la ingeniería política, la coacción y el desdesarrollo a través de los cuales se reproducen esos flujos. Al dejar de lado estas cuestiones, el ecomodernismo y el decrecimiento/posdesarrollo ocultan conjuntamente una tradición histórica alternativa: el espacio problemático marxista del Tercer Mundo en torno al desarrollo, que integraba la reforma agraria, el antiimperialismo, la industrialización soberana y la satisfacción de las necesidades básicas en un horizonte unificado de liberación.

El artículo de David Myer Temin, «¿Antiimperialismo en el Centro?: Dilemas del Internacionalismo Antes y Después del Ecomodernismo», profundiza en el argumento central del número al poner de relieve un hecho estructural que el ecomodernismo se niega a afrontar: el pacto imperial histórico que vinculaba la acumulación de capital en el centro con beneficios materiales selectivos para los sectores dominantes de sus clases trabajadoras. Basándose en las tradiciones feministas antiimperialistas, panafricanistas y marxistas de la dependencia —y especialmente en los análisis de W.E.B. Du Bois sobre el capitalismo racial de EUA—, Temin muestra que los sectores dominantes de las clases trabajadoras del centro no eran meros beneficiarios pasivos del imperio, sino participantes activos en un contrato social que redistribuía hacia arriba y hacia dentro los botines selectos de la extracción militarizada, el colonialismo de asentamientos y el Intercambio Desigual. Este acuerdo, marcado por el género y la raza en sus propios cimientos, afianzó la estabilidad política de los estados metrópolis capitalistas a lo largo del siglo XX y configuró el horizonte mismo de lo que aparecía como el «interés de la clase trabajadora» dentro de los centros imperiales. Los pensadores ecomodernistas —ya sean tecnoptimistas de derecha o sus homólogos de izquierda— niegan sistemáticamente esta

historia. Frente a este horizonte regresivo, Temin aboga por un internacionalismo antiimperialista en el núcleo, que reconozca las asimetrías históricas del capitalismo racial y rechace los impulsos socialchovinistas que siguen animando las visiones ecomodernistas de la transición ecológica.

Tras estas consideraciones más teóricas, el enfoque de la antología se centra en el análisis del imperialismo y el ecomodernismo en la práctica. La contribución de Dhouha Djerbi, «Contracorrientes a la Transición Energética Verde: Desarrollo Cuestionado, Injusticia Procesal y Luchas por la Soberanía en la Controversia sobre el Hidrógeno Verde en Túnez», da inicio a esta parte de la antología. El ensayo pone de relieve las fricciones que las visiones ecomodernistas ocultan sistemáticamente. A través de un análisis de base etnográfica de la movilización popular en Gabès —una de las regiones más devastadas ecológicamente de Túnez—, muestra cómo las alianzas de hidrógeno verde «beneficiosas para todos» lideradas por Europa reproducen jerarquías imperiales de larga data bajo la bandera de las energías renovables. Lejos de encarnar soluciones consensuadas o tecnocráticas a la crisis climática, la estrategia de hidrógeno verde de Túnez choca con corrientes contrarias arraigadas en la experiencia vivida de la toxicidad industrial, la dependencia poscolonial y el desarrollo controvertido. Estas corrientes impulsadas por la comunidad —que surgen de los pescadores, los agricultores de los oasis, los activistas medioambientales y las redes de la sociedad civil— movilizan la memoria histórica, el conocimiento opositor y la acción directa para desafiar tanto la gobernanza como las lógicas de desarrollo de la expansión del GH2. Al centrarse en la injusticia procesal, la supresión de los conocimientos locales y la intensificación de las luchas por la soberanía sobre la tierra y el agua, Djerbi demuestra cómo las iniciativas de «transición verde» profundizan precisamente las divisiones coloniales y neocoloniales del trabajo que pretenden trascender. Su análisis ofrece una corrección crucial a las narrativas ecomodernistas que fetichizan la experiencia tecnocrática al tiempo que consideran prescindibles a las comunidades periféricas, mostrando en cambio cómo la resistencia local remodela, limita y, en última instancia, deslegitima el proyecto capitalista verde en todo el Sur Global.

En su incisivo artículo, «La Militarización de la Inversión Extranjera Directa: Ecología Geopolítica, Dependencia y la Doble Transición de Irlanda», Patrick Bresnihan, Patrick Brodie y Rory Rowan analizan cómo las narrativas ecomodernistas sobre la transición ecológica cobran forma en el marco de la evolución geopolítica y de las infraestructuras de Irlanda como Estado semiperiférico. Situado desde hace tiempo como un nodo dependiente dentro del orden capitalista atlántico, el papel del país en la «doble transición» de la UE hacia la digitalización y la descarbonización se está militarizando activamente. A través de un análisis detallado de la expansión de los centros de datos, las redes de cables submarinos, el desarrollo de la energía eólica marina, los oleoductos de combustibles fósiles y la emergente extracción de minerales críticos, los autores revelan una lógica política más profunda: el modelo de desarrollo de Irlanda impulsado por la inversión extranjera directa se está rearticulando como una frontera estratégica entre EUA y una UE cada vez más militarizada. Lo que surge es un retrato de la ecomodernidad no como una mejora tecnológica benigna, sino como un régimen infraestructural encerrado en los imperativos de seguridad del núcleo imperial transatlántico. Al mismo tiempo, Bresnihan, Brodie y Rowan hacen hincapié en que Irlanda no es simplemente un escenario pasivo de reestructuración imperial. Ponen de relieve la creciente resistencia interna a las infraestructuras extractivas de tecnología verde, las movilizaciones rurales contra la degradación medioambiental, las redes de solidaridad con Palestina y las luchas renovadas para defender la neutralidad —luchas que, en conjunto, desafían el consenso ecomodernista y abren un espacio para una política antiimperialista revitalizada. Su análisis ofrece un recordatorio esencial de que los Estados semiperiféricos son campos de batalla cruciales en la consolidación de un capitalismo verde militarizado, y de que cualquier horizonte ecológico emancipador tiene que enfrentarse al nexo entre seguridad y sostenibilidad que está remodelando el sistema mundial.

En «Hacia una Renovación Sindical Ecosocialista: Límites de una Transición Justa Ecomodernista y Estrategias de Contrapoder en el Norte Global», Martín Lallana analiza uno de los pilares fundamentales a través de los cuales la ideología ecomodernista ha reconfigurado la política laboral en el Norte Global: el marco institucionalizado de la «Transición Justa». Partiendo de una amplia base histórica y teórica, pero también en relación con el trabajo que Lallana desarrolla dentro del sindicato LAB (Langile Abertzaleen Batzordeak, Comisiones Patrióticas de Trabajadores), demuestra cómo la aceptación dominante por parte de los sindicatos de la modernización basada en el crecimiento verde se ha producido a costa de la autonomía política, el poder estructural y los compromisos internacionalistas. Lallana sostiene que el paradigma contemporáneo de la Transición Justa —despojado de sus orígenes en la lucha laboral conflictiva— se ha convertido en un proyecto tecnocrático que reproduce las divisiones imperialistas del trabajo, oculta el debilitamiento estructural de los sindicatos bajo el neoliberalismo y permanece ciego ante las limitaciones que el estancamiento económico impone a cualquier descarbonización real. A través de una meticulosa comparación entre las CCOO (Comisiones Obreras) españolas y los sindicatos vascos ELA (Eusko Langileen Alkartasuna, Solidaridad de los Trabajadores Vascos) y LAB, el artículo muestra cómo las orientaciones estratégicas divergentes —hacia pactos de competitividad y dependencia institucional frente a la confrontación y la renovación de base— producen capacidades radicalmente diferentes para afrontar la crisis ecológica. El análisis de Lallana revela los profundos peligros de una transición ecomodernista fallida en el núcleo imperial: la apertura de terreno a políticas reaccionarias, la consolidación de un modo de vida verde-imperial y la creciente aceptación de la complicidad del movimiento obrero en el Intercambio Desigual. El artículo nos recuerda que cualquier horizonte ecológico emancipador en el Norte Global requiere sindicatos capaces no solo de defender a los trabajadores, sino también de enfrentarse al Capital, rechazar el imperialismo verde y coordinar solidaridades transnacionales, haciendo un llamamiento a reconstruir la militancia sindical como frente central en la lucha por una transición ecológica justa y poscapitalista.

El número se cierra con el comentario de Noah Herfort, Inea Lehner y Jack Johnson, de la organización ecosocialista dirigida por jóvenes Climate Vanguard, titulado «Estrategia Ecosocialista: Contra el Imperialismo y el Eco-Modernismo», que ofrece una contundente intervención estratégica sobre el problema central: cómo hacer frente a los dos monstruos del colapso ecológico y el imperialismo en una época en la que las clases dominantes proponen soluciones tecnológicas eco-modernistas cada vez más fantásticas para preservar el orden capitalista. Rechazando lo que conciben como las ilusiones prometeicas que prometen la salvación a través de tanques de fermentación, inyecciones de aerosoles o extracción extraplanetaria, los autores articulan el ecosocialismo no solo como una alternativa normativa, sino como el único horizonte viable para la supervivencia colectiva en el sistema mundial capitalista. A través de casos concretos —desde las luchas de los inquilinos hasta las campañas climáticas antiimperialistas lideradas por jóvenes—, Climate Vanguard demuestra cómo la organización disciplinada, la unidad política y las intervenciones de clase coordinadas pueden transformar el descontento difuso en fuerza material.

Al entrelazar las críticas al sistema mundial imperialista contemporáneo y las falsas promesas del ecomodernismo, creemos que estos artículos abren nuevos caminos para el pensamiento ecológico antiimperialista. Es un placer y un privilegio reunirlos en este número especial de la revista Journal of Labor and Society.

Referencias:

- "A Coup? A Debate on the Political Crisis in Bolivia that Led to Evo Morales's Resignation." 2019. Democracy Now!. https://www.democracynow.org/2019/11/13/ bolivia_evo_morales_coup_debate.
- Adams, C. C., J. M. Belsky, and W. Berry. 2008. The Wilderness Debate Rages On: Continuing the Great New Wilderness Debate. University of Georgia Press.
- Ahern, A. 2025. "Interview with Jason Hickel: Degrowth." Breakdown Journal. https:// breakdownjournal.substack.com/p/interview-with-jason-hickel-degrowth-a84 (accessed November 14, 2025).
- Ajl, M. 2021. A People's Green New Deal. Pluto Press. of land politics. Oxford University Press. https://doi.org/10.1093/oxfordhb/9780197618646.013.15
- Ajl, M. 2023. "Theories of Political Ecology: Monopoly Capital Against People and the Planet." Agrarian South: Journal of Political Economy 12 (1): 12–50. doi: https://doi.org/10.1177/22779760221145232.
- Ajl, M. 2025. "Genealogies of Auto-Centered Development: The Afterlives of China in Arab Developmental Thought." In Anticolonialism and Social Thought. LSE International Studies, edited by Anaheed Al-Hardan, and Julian Go. Cambridge University Press.
- Akram-Lodhi, A. H. 2021. "The Ties that Bind? Agroecology and the Agrarian Question in the Twenty-First Century." Journal of Peasant Studies 48 (4): 687–714. https://doi.org/10.1080/03066150.2021.1923010.
- Amin, S. 1976. Unequal Development: An Essay on the Social Formations of Peripheral Capitalism. New York, NY: Monthly Review Press.
- Amin, S. 1977. Imperialism and Unequal Development. Branch Line.
- Amin, S. 2010. Eurocentrism. New York, NY: Monthly Review Press.
- Anderson, K. B. 2025. The Late Marx's Revolutionary Roads: Colonialism, Gender, and Indigenous Communism. London: Verso Books.
- Angus, I. 2016. Facing the Anthropocene: Fossil Capitalism and the Crisis of the Earth System. New York: Monthly Review Press.
- Angus, I. 2017. A Redder Shade of Green: Intersections of Science and Socialism. New York: Monthly Review Press.
- Barca, S. 2024. Workers of the Earth: Labour, Ecology and Reproduction in the Age of Climate Change. London: Pluto Press.
- Bassey, N. 2024. "Green Colonialism in Colonial Structures: A Pan-African Perspective." In The Geopolitics of Green Colonialism: Global Justice and Ecosocial Transitions, edited by M. Lang, M. A. Manahan, and B. Bringel. London: Pluto Press.
- Beckford, G. L. 1972. Persistent Poverty: Underdevelopment in Plantation Economies of the Third World. New York, London: Oxford University Press.
- Blanc, G. 2022. The Invention of Green Colonialism. Translated by Helen Morrison. Hoboken, NJ: John Wiley & Sons.
- Borg, E., and A. Policante. 2022. Mutant Ecologies: Manufacturing Life in the Age of Genomic Capital. London: Pluto Press.
- Brain, S. 2011. Song of the Forest. Russian Forestry and Stalinist Environmentalism, 1905–1953. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Brand, U., and M. Wissen. 2021. The Imperial Mode of Living: Everyday Life and the Ecological Crisis of Capitalism. London: Verso Books.
- Bringel, B., and S. Fernandes. 2024. "Towards a New Eco-Territorial Internationalism." In The Geopolitics of Green Colonialism: Global Justice and Ecosocial Transitions, edited by M. Lang, M. A. Manahan, and B. Bringel. London: Pluto Press.
- British Arctic Survey. 2025. Antarctica's Thwaites Glacier and Sea-Level Rise: Results from the International Thwaites Glacier Collaboration (ITGC). Natural Environment Research Council.
- Brook, Barry W. 2015. "An Ecomodernist's Manifesto: save Wildlife by Embracing New Tech." The Conversation. https://doi.org/10.64628/AA.vqpewh7qc.
- Carrington, Damian. 2025. 'UK Scientists to Launch Outdoor Geoengineering Experiments'. Environment. The Guardian. https://www.theguardian.com/environment/2025/apr/22/uk-scientists-outdoor-geoengineering-experiments.
- Chase-Dunn, C. 1998. Global Formation: Structures of the World-Economy. Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.
- Chaudhary, A. S. 2024. The Exhausted of the Earth: Politics in a Burning World. Repeater.
- Chinese Academy of Sciences. 2007. China's Modernization Report 2007: A Study of Ecological Modernization. Beijing.
- Christophers, B. 2024. The Price is Wrong: Why Capitalism Won't Save the Planet. London: Verso Books.
- CIDSE. 2020. "New Data Reveals Massive Gap in Public Funds Towards Agroecology." https://www.cidse.org/2020/09/30/new-data-reveals-massive-gap-in-public-funds-towards-agroecology/ (accessed November 13, 2025).
- Clark, N. 2022. "Planetary Cities: Fluid Rock Foundations of Civilization." Theory, Culture & Society 39 (2): 177–96. https://doi.org/10.1177/02632764211030986.
- Clausen, R., B. Clark, and S. B. Longo. 2015. "Metabolic Rifts and Restoration: Agricultural Crises and the Potential of Cuba's Organic, Socialist Approach to Food Production." World Review of Political Economy 6 (1): 4–32. doi: https://doi.org/10.13169/worlrevipoliecon.6.1.0004.
- Clelland, D. A. 2012. "Surplus Drain and Dark Value in the Modern World-System." In Routledge Handbook of World-Systems Analysis, edited by Salvatore Babones, and Christopher Chase-Dunn. Routledge.
- Cohen, G. A. 2001. Karl Marx's Theory of History: A Defence. Princeton University Press.
- Communist Working Group. 2025. Unequal Exchange and the Prospects of Socialism. Iskra Books.
- Cronon, W. 1996. Uncommon Ground: Rethinking the Human Place in Nature. W. W. Norton & Company.
- Dalmeier, F., and C. V. Burelli. 2021. "The World Must Act to Stop Venezuela's Environmental Destruction." The Washington Post. https://www.washingtonpost.com/opinions/2021/02/22/venezuela-environment-mining-gold-maduro-destruction/(accessed November 23, 2025).
- Davis, M. 1996. "Cosmic Dancers on History's Stage? the Permanent Revolution in the Earth Sciences." New Left Review (I/217 (June): 48–84. https://doi.org/10.64590/ytd.
- Dobkin, R. 2025. "'I Wouldn't Go Fishing Right Now': JD Vance Sparks Backlash After Joking About Controversial US Strikes on Venezuelan Boats." Independent. https://www.independent.co.uk/news/world/americas/us-politics/jd-vance-venezuela-drug-boat-strikes-b2828675.html (accessed November 22, 2025).
- Drijfhout, S., J. R. Angevaare, J. Mecking, R. M. van Westen, and S. Rahmstorf. 2025. "Shutdown of Northern Atlantic Overturning After 2100 Following Deep Mixing Collapse in CMIP6 Projections." Environmental Research Letters 20 (9): 094062. https://doi.org/10.1088/1748-9326/adfa3b.

- Dussel, E. 2002. "World-System and 'Trans'-Modernity." Nepantla: Views From South 3 (2): 221–44.
- Dussel, E. 2015. Descolonización Y Transmodernidad. Mexico: Akal.
- Ekumah, B. 2024. "Productive Forces and the Contradictions of Capitalist Agriculture: Agroecology as a Sustainable Alternative in Sub-saharan Africa." Discover Sustainability 5 (1). https://doi.org/10.1007/s43621-024-00684-7.
- Ellis, E. C., G. Nicolas, K. Klein Goldewijk, R. Bliege Bird, N. Boivin, S. Díaz, et al. 2021. "People have Shaped Most of Terrestrial Nature for at Least 12,000 Years." Proceedings of the National Academy of Sciences 118 (17). https://doi.org/10.1073/pnas.2023483118.
- Engel-Di Mauro, S. 2021. Socialist States and the Environment: Lessons for Eco-Socialist Futures. Pluto Press.
- Ewing, J. A. 2017. "Hollow Ecology: Ecological Modernization Theory and the Death of Nature." Journal of World-Systems Research 23 (1): 126–55. https://doi.org/10.5195/jwsr.2017.611.
- Faber, D. 1999. "La Liberación del Medio Ambiental: The Rise and Fall of Revolutionary Ecology in Nicaragua, 1979–1999." Capitalism, Nature, Socialism 10 (1): 45–80. doi: https://doi.org/10.1080/10455759909358848.
- Fanon, F. 1963. Wretched of the Earth. New York: Grove Press.
- Fitzpatrick, N., T. Parrique, and I. Cosme. 2022. "Exploring Degrowth Policy Proposals: A Systematic Mapping with Thematic Synthesis." Journal of Cleaner Production 365 (September): 132764. https://doi.org/10.1016/j.jclepro.2022.132764.
- Foster, J. B. 2000. Marx's Ecology: Materialism and Nature. Monthly Review Press.
- Foster, J. B. 2012. "The Planetary Rift and the New Human Exemptionalism: A Political-Economic Critique of Ecological Modernization Theory." Organization & Environment 25 (3): 211–37. https://doi.org/10.1177/1086026612459964.
- Frey, R. S., P. K. Gellert, and H. F. Dahms, eds. 2019. Ecologically Unequal Exchange: Environmental Injustice in Comparative and Historical Perspective. Palgrave Macmillan.
- Galeano, E. 1973. Open Veins of Latin America: Five Centuries of the Pillage of a Continent. New York: Monthly Review Press.
- García Molinero, A., and A. Pedregal. 2024. "The Early Socio-ecological Dimensions of Tricontinental (1967–1971): A Sovereign Social Metabolism for the Third World." Agrarian South: Journal of Political Economy 13 (3): 368–400. https://doi.org/10.1177/ 22779760241265565.
- Geneciran, J. 2024. "Global Historical Materialism and Decoloniality." Review of African Political Economy 51 (182): 635–43. doi: https://doi.org/10.62191/roape-2024-0035.
- Giddens, A. 2008. The Third Way: The Renewal of Social Democracy. Polity.
- Gilbert, C. 2023. Commune or Nothing! Venezuela's Communal Movement and its Socialist Project. New York: Monthly Review.
- Gilbert, C., and C. Pascual Marquina. 2025a. "Fisherfolk Resisting Imperialism: The Palmarito Afro-Descendant Commune (Part IV)." Venezuela Analysis. https://venezuelanalysis.com/interviews/fisherfolk-resisting-imperialism-the-palmarito-afro-descendant-commune-part-iv/.
- Gilbert, C., and C. Pascual Marquina. 2025b. "A Special Issue on Communes in Socialist Construction." Monthly Review 77 (3). doi: https://doi.org/10.14452/mr-077-03-2025-07_1.
- Gleijeses, P. 2002. Misiones en conflicto: La Habana, Washington y África, 1959–1976. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Gleijeses, P. 2013. Visions of Freedom: Havana, Washington, Pretoria, and the Struggle for Southern Africa, 1976–1991. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Global Tipping Points. 2025. Global Tipping Points Report 2025. Global Tipping Points.
- Graeber, D., and D. Wengrow. 2022. The Dawn of Everything: A New History of Humanity, 1st ed. Penguin.
- Hamouchene, H. 2023. "The Energy Transition in North Africa: Neocolonialism Again." In Dismantling Green Colonialism: Energy and Climate Justice in the Arab Region, edited by H. Hamouchene, and K. Sandwell. London: Pluto Press.
- Harootunian, H. 2017. Marx After Marx: History and Time in the Expansion of Capitalism, Reprint edition. Columbia University Press.
- Harvey, D. 2004. Justice, Nature and the Geography. Wiley-Blackwell.
- Hegel, G. W. F. 1806. "Hegel to Niethammer October 13, 1806." Marxist.Org. https://www.marxists.org/reference/archive/hegel/works/letters/1806-10-13.htm (accessed November 21, 2025).
- Heron, K. 2022. "The Great Unfettering." Sidecar. https://newleftreview.org/sidecar/posts/the-great-unfettering (accessed November 20, 2025).
- Heron, K. 2023. "Capitalist Catastrophism and Eco-Apartheid." Geoforum 103874. https://doi.org/10.1016/j.geoforum.2023.103874.
- Hickel, J., and D. Sullivan. 2024. "How Much Growth is Required to Achieve Good Lives for All? Insights from Needs-Based Analysis." World Development Perspectives 35 (September): 100612. https://doi.org/10.1016/j.wdp.2024.100612.
- Hickel, J., C. Dorninger, H. Wieland, and I. Suwandi. 2022. "Imperialist Appropriation in the World Economy: Drain from the Global South Through Unequal Exchange, 1990–2015." Global Environmental Change 73 (March): 102467. https://doi.org/10.1016/j.gloenvcha.2022.102467.
- Hickel, J., M. H. Lemos, and F. Barbour. 2024. "Unequal Exchange of Labour in the World Economy." Nature Communications 15 (1). https://www.nature.com/ncomms/.
- Hornborg, A. 2011. Global Ecology and Unequal Exchange: Fetishism in a Zero-Sum World. Routledge.
- Huang, P., and L. Westman. 2021. "China's Imaginary of Ecological Civilization: A Resonance Between the State-Led Discourse and Sociocultural Dynamics." Energy Research & Social Science 81 (November): 102253. https://doi.org/10.1016/ j.erss.2021.102253.
- Huber, J. 1985. Die Regenbogen-Gesellschaft: Ökologie und Sozialpolitik. Fisher.
- Huber, M. T. 2019. "Ecosocialism: Dystopian and Scientific." Socialist Viewpoint. https://www.marxists.org/history/etol/newspape/socialist-viewpoint-us/mayjun_19/mayjun_19_18.html (accessed November 23, 2025).
- Huber, M. T. 2022. Climate Change as Class War: Building Socialism on a Warming Planet. London: Verso Books.
- Huber, M. T., and L. Phillips. 2024. "Kohei Saito's "Start from Scratch" Degrowth Communism." https://jacobin.com/2024/03/kohei-saito-degrowth-communism-environment-marxism (accessed November 21, 2025).
- Huber, M. T. 2025. Of, By, and for the Left'. Damage. https://damagemag.com/2025/11/12/whats-left-review/ (accessed November 22, 2025).
- Institute for Energy Research. 2024. "Biden Attacks the Oil and Gas Industry, Removing Public Lands from Development, Raising Production Costs and Cutting Back on Land Offered at Auction." IER. https://www.instituteforenergyresearch.org/fossil-fuels/biden-attacks-the-oil-and-gas-industry-removing-public-lands-from-development-raising-production-costs-and-cutting-back-on-land-offered-at-auction/ (accessed November 22, 2025).
- James, C. L. R. 2001. The Black Jacobins: Toussaint L'Ouverture and the San Domingo Revolution, edited by James Walvin. Penguin.

- Jänicke, M. 2008. "Ecological Modernisation: New Perspectives." Journal of Cleaner Production 16 (5): 557–65. https://doi.org/10.1016j.jclepro.2007.02.011.
- Kadri, A. 2023. The Accumulation of Waste: A Political Economy of Systemic Destruction. Leiden: Brill.
- Klein, E., and D. Thompson. 2025. Abundance: How we Build a Better Future. Profile Books.
- Kohan, N. 1998. Marx en su (Tercer) Mundo. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Krawczyk, K. 2025. "Trump Signs "Big, Beautiful Bill," Spelling Disaster for Clean Energy." Canary Media. https://www.canarymedia.com/articles/policy-regulation/ senates-big-beautiful-bill-would-be-a-disaster-for-clean-energy (accessed November 21, 2025).
- Lage Dávila, A. 2024. The Knowledge Economy and Socialism: Science and Society in Cuba. New York: Monthly Review Press.
- Landymore, F. 2025. "Elon Musk Announces Plan to Control Climate by Surrounding Earth in Adjustable Satellites." Futurism. https://futurism.com/future-society/elon-musk-control-climate-satellites (accessed November 25, 2025).
- Lang, M. 2024. "Degrowth, Global Asymmetries, and Ecosocial Justice: Decolonial Perspectives from Latin America." Review of International Studies 50 (5): 921–31. https://doi.org/10.1017/S0260210524000147.
- Lang, M., B. Bringel, and M. A. Manahan. 2024. "Lucrative Transitions, Green Colonialism and Pathways to Transformative Ecosocial Justice: An Introduction." In The Geopolitics of Green Colonialism: Global Justice and Ecosocial Transitions, edited by M. Lang, M. A. Manahan, and B. Bringel. London: Pluto Press.
- Lenin, V. 1922. "The Question of Nationalities or "Autonomisation"." Marxists.Org. https://www.marxists.org/archive/lenin/works/1922/dec/testamnt/autonomy.htm (accessed November 20, 2025).
- Levins, R. 2008. Talking about Trees: Science, Ecology and Agriculture in Cuba. New Delhi: LeftWord Book.
- Levins, R., and R. Lewontin. 1987. The Dialectical Biologist. Harvard University Press.
- Li, M. 2021. "China: Imperialism or Semi-Periphery?" Monthly Review. https://monthl yreview.org/articles/china-imperialism-or-semi-periphery/ (accessed November 20, 2025).
- Li, Z., and D. M. Kotz. 2021. "Is China Imperialist? Economy, State, and Insertion in the Global System." Review of Radical Political Economics 53 (4): 600–10. https://doi.org/10.1177/04866134211018868.
- Liegey, V., A. Nelson, and T. Leahy. 2025. "Debating Degrowth: A Response to Jason Hickel." Degrowth.info. https://degrowth.info/en/blog/debating-degrowth-a-response-to-jason-hickel (accessed November 17, 2025).
- Linera, G. A. 2013. "Once Again on So-Called 'Extractivism'." Monthly Review Online https://mronline.org/2013/04/29/gl290413-html/ (accessed December 2, 2025).
- López Blanch, H. 2005. Historias secretas de médicos cubanos. La Habana: Ediciones La Memoria.
- Lynas, M. 2012. The God Species: How Humans Really Can save the Planet. Fourth Estate.
- Magdoff, H. 1969. The Age of Imperialism: The Economics of U.S. Foreign Policy. New York: Monthly Review Press.
- Malm, A., and W. Carton. 2024. Overshoot: How the World Surrendered to Climate Breakdown. London: Verso Books.
- Malm, A., and W. Carton. 2025. The Long Heat: Climate Politics when It's Too Late. Verso Books.
- Mao, Tse-tung. 1941. "Reform Our Study." Marxists.Org. https://www.marxists.org/reference/archive/mao/selected-works/volume-3/mswv3_02.htm (accessed November 19, 2025).
- Mao, Tse-tung. 1958. "Imperialism and All Reactionaries are Paper Tigers." Marxists.Org. https://www.marxists.org/reference/archive/mao/works/red-book/ch06.htm (accessed November 20, 2025)
- Marini, R. M. 2022 [1973]. The Dialectics of Dependency. New York: Monthly Review Press.
- Martinez-Alier, J., M. Baud, and H. Sejenovich. 2016. "Origins and Perspectives of Latin American Environmentalism." In Environmental Governance in Latin America, edited by F. de Castro, B. Hogenboom, and M. Baud. London: Palgrave Macmillan.
- Marx, Karl. 1881. "Marx-Zasulich Correspondence – First Draft." https://www.marxists.org/archive/marx/works/1881/zasulich/draft-1.htm (accessed November 22, 2025)
- Marx, K. 1974. Marx Studies in Ethnology: Morgan, Maine, Lubbock, Phear Notebooks, 1880–81. Translated by Lawrence Krader. K. Van Gorcum & Co B.V.
- Marx, K. 1991. Capital, Vol. 3. London: Penguin Books.
- Marx, Karl. 2010. "The German Ideology." In Karl Marx, Frederick Engels: Marx and Engels Collected Works 1845–47 (Volume 5). Lawrence & Wishart.
- Marx, K. 2021. Comunidad, nacionalismos y capital. Manresa: Bellaterra Editorial.
- Marx, K. 2024. Capital: Critique of Political Economy, Vol. 1. Translated by Paul Reitter. With Wendy Brown and William Clare Roberts, edited by Paul North. Princeton University Press.
- Mehta, J., and J. Jackson. 2021. "To stop climate disaster, make ecocide an international crime. It's the only way." The Guardian, February 24. https://www.the guardian.com/commentisfree/2021/feb/24/climate-crisis-ecocide-international-crime (accessed November 20, 2025)
- Michaux, S. P. 2024. Estimation of the Quantity of Metals to Phase out Fossil Fuels in a Full System Replacement, Compared to Mineral Resources. Bulletin 416. Geological Survey of Finland.
- Millward-Hopkins, J., J. K. Steinberger, N. D. Rao, and Y. Oswald. 2020. "Providing Decent Living with Minimum Energy: A Global Scenario." Global Environmental Change 65 (November): 102168. https://doi.org/10.1016/j.gloenvcha.2020.102168.
- Mol, A. P. J., and G. Spaargaren. 2000. "Ecological Modernisation Theory in Debate: A Review." Environmental Politics 9 (1): 17–49. https://doi.org/10.1080/0964401 0008414511.
- Monbiot, G. 2015. "Meet the Ecomodernists: Ignorant of History and Paradoxically Old-Fashioned." Environment. The Guardian. https://www.theguardian.com/ environment/georgemonbiot/2015/sep/24/meet-the-ecomodernists-ignorant-of-history-and-paradoxically-old-fashioned (accessed November 19, 2025).
- Moyo, S., and P. Yeros. 2005. "Land Occupations and Land Reform in Zimbabwe: Towards the National Democratic Revolution." In Reclaiming the Land: The Resurgence of Rural Movements in Africa, Asia and Latin America, edited by S. Moyo, and P. Yeros. London: Zed Books.
- Murphy, J. 2000. "Ecological Modernisation." Geoforum 31 (1): 1–8. https://doi.org/10.1016/S0016-7185(99)00039-1.
- Murray, A., eds. 2018. A Certain Amount of Madness: The Life, Politics and Legacies of Thomas Sankara. London: Pluto Press.

- Musto, M. 2020. The Last Years of Karl Marx: An Intellectual Biography. Stanford University Press.
- Nabolsy, Z. 2019. "Amílcar Cabral's Modernist Philosophy of Culture and Cultural Liberation." Journal of African Cultural Studies 32 (2): 231–50. doi: https://doi.org/10.1080/13696815.2019.1624155.
- Napoletano, B. M. 2023. "Half-Earth Socialism and the Path Beyond Capital." Monthly Review. https://monthlyreview.org/articles/half-earth-socialism-and-the-path-beyond-capital/ (accessed November 20, 25).
- Ness, I. 2023. Migration as Economic Imperialism: How International Labour Mobility Undermines Economic Development in Poor Countries. Polity Press. New Left Review Editors. 1970. 'Introduction to Della Volpe'. New Left Review I/59 (February): 97–100. doi: https://doi.org/10.64590/obx.
- Nijhuis, M. 2015. "Is the "Ecomodernist Manifesto" the Future of Environmentalism?" Annals of Technology. The New Yorker. https://www.newyorker.com/tech/annals-of-technology/is-the-ecomodernist-manifesto-the-future-of-environmentalism (accessed November 21, 2025).
- Nkrumah, K. 1971. Neocolonialism: The Last Stage of Imperialism. London: Panaf.
- Norton, B. 2021. "How Ecuador's US-backed, Coup-Supporting 'Ecosocialist' Candidate Yaku Pérez Aids the Right-Wing." The Grayzone. https://thegrayzone.com/2021/02/06/yaku-perez-pachakutik-ecuador-us-coup/.
- "Open Letter to Editors of Jacobin Magazine and Monthly Review." New Politics. 2021. https://newpol.org/open-letter-to-editors-of-jacobin-and-monthly-review/.
- Osorio, J. 2016. Teoría marxista de la dependencia. Mexico: UAM/Itaca.
- Padmore, G. 1972. Africa and World Peace: 18. Routledge.
- Pata, F., D. Paglione, E. Pardo Olivares, E. Casamayor Callejas, and B. Nardo. 2024. "Calabria's Partnership with Cuban Doctors: Challenges and Solutions." The Lancet 403 (10428): 726. doi: https://doi.org/10.1016/s0140-6736-23-02752-6.
- Patnaik, U., and P. Patnaik. 2021. Capital and Imperialism: Theory, History, and the Present. U.S: Monthly Review Press.
- Pedregal, A. 2020. "Contra la neutralidad y la equidistancia ante el golpe." Memoria. Revista de crítica militante 273 (1): 48–54.
- Pedregal, A. 2025. Incendios: Una crítica ecosocial del capitalismo inflamable. Barcelona: Verso Libros.
- Pedregal, A., and N. Lukić. 2024. "Imperialism, Ecological Imperialism, and Green Imperialism: An Overview." Journal of Labor and Society 27 (1): 105–38. https://doi.org/10.1163/24714607-bja10149.
- People's Agreement of Cochabamba. 2010. People's Agreement of Cochabamba: World People's Conference on Climate Change and the Rights of Mother Earth. Bolivia: Cochabamba. https://pwccc.wordpress.com/2010/04/24/peoples-agreement/ (accessed November 20, 25)
- Perry, K. K. 2020. "Marginalised and Former Colonised Societies." SSRN Scholarly Paper No. 3561121. Social Science Research Network. https://doi.org/10.2139/ssrn.3561121.
- Phillips, L. 2015. Austerity Ecology & the Collapse-Porn Addicts: A Defence of Growth, Progress, Industry and Stuff. Portland: Zer0 Books.
- Phillips, L. 2018. "Defense of Air-Conditioning." Jacobin Magazine. https://jacobin.com/2018/08/air-conditioning-climate-change-energy-pollution (accessed November 15, 2025).
- Phillips, L. 2023. "Ban Private Jets? or Give Private Jets to All?" The Breakthrough Institute. https://thebreakthrough.org/issues/energy/ban-private-jets-or-give-private-jets-to-all (accessed November 15, 2025).
- Pimentel, D., P. Hepperly, J. Hanson, D. Douds, and R. Seidel. 2005. "Environmental, Energetic, and Economic Comparisons of Organic and Conventional Farming Systems." BioScience 55 (7): 573–82. https://doi.org/10.1641/0006-3568(2005)055%255B0573:EEAECO%255D2.0.CO;2.
- Planetary Boundaries Science. 2025. Planetary Health Check 2025: A Scientific Assessment of the State of the Planet. Potsdam Institute for Climate Impact Research.
- Porter, E. 2015. "A Call to Look past Sustainable Development." Business. The New York Times. https://www.nytimes.com/2015/04/15/business/an-environmentalist-call-to-look-past-sustainable-development.html (accessed November 15, 2025).
- Pretty, J., T. G. Benton, Z. P. Bharucha, L. V. Dicks, C. B. Flora, H. C. J. Godfray, et al. 2018. "Global Assessment of Agricultural System Redesign for Sustainable Intensification." Nature Sustainability 1 (8): 441–6. https://doi.org/10.1038/s41893-018-0114-0.
- Rodney, W. 1972. How Europe Underdeveloped Africa. London: Bogle-L'Ouverture Publications.
- Rogatyuk, D. 2021. "Ecuador's Election Was a Massive Repudiation of Neoliberalism." Jacobin. https://jacobin.com/2021/02/ecuador-election-arauz-hervas-perez-neoliberalism (accessed November 19, 2025).
- Röös, E., A. Mayer, A. Muller, G. Kalt, S. Ferguson, K. H. Erb, et al. 2022. "Agro-ecological Practices in Combination with Healthy Diets Can Help Meet EU Food System Policy Targets." Science of The Total Environment 847 (November): 157612. https://doi.org/10.1016j.scitotenv.2022.157612.
- Rosset, P. M., B. Machín Sosa, A. M. Roque Jaime, and D. R. Ávila Lozano. 2011. "The Campesino-to-Campesino Agroecology Movement of ANAP in Cuba: Social Process Methodology in the Construction of Sustainable Peasant Agriculture and Food
- Sovereignty." The Journal of Peasant Studies 38 (1): 161–91. https://doi.org/10.1080/03066150.2010.538584.
- Saito, K. 2022. Marx in the Anthropocene: Towards the Idea of Degrowth Communism. Cambridge University Press.
- Saito, K. 2024. Slow Down: How Degrowth Communism Can save the Earth. Weidenfeld & Nicolson.
- Salleh, A. 2017. Ecofeminism as Politics: Nature, Marx and the Postmodern. Zed Books.
- Schmalzer, S. 2016. Red Revolution, Green Revolution: Scientific Farming in Socialist China. The University of Chicago Press.
- Sène, A. L. 2025. "Wilderness, Wildlife, and Neocolonialism in Africa." Agrarian South: Journal of Political Economy 14 (3): 366–89. https://doi.org/10.1177/22779760251365859.
- Shanin, T. 1983. Late Marx and the Russian Road. New York: Monthly Review Press.
- Simonis, U. E. 1989. "Ecological Modernization of Industrial Society: Three Strategic Elements." In Economy and Ecology: Towards Sustainable Development, edited by F. Archibugi, and P. Nijkamp. Netherlands: Springer.
- Sivaram, V. 2025. "We Need a Fresh Approach to Climate Policy. It's Time for Climate Realism | Council on Foreign Relations." Council of Foreign Relations. https://www.cfr.org/article/we-need-fresh-approach-climate-policy-its-time-climate-realism (accessed November 10, 2025).
- Slobodian, Q. 2020. Globalists: The End of Empire and the Birth of Neoliberalism. Harvard University Press.

- Spaargaren, G., and A. P. J. Mol. 1992. "Sociology, Environment, and Modernity: Ecological Modernization as a Theory of Social Change." Society & Natural Resources 5 (4): 323–44. https://doi.org/10.1080/08941929209380797.
- Stone, G. D. 2022. The Agricultural Dilemma: How Not to Feed the World. Routledge.
- Suing, G. 2025. Communism, the Highest Stage of Ecology. Translated by Henry Hakamäki and Salvatore Engel-Di Mauro. Iskra Books.
- Suwandi, I. 2019. Value Chains: The New Economic Imperialism. New York: Monthly Review Press.
- Symons, J. 2019. Ecomodernism: Technology, Politics and the Climate Crisis. Polity.
- Temin, D. M. 2023a. Remapping Sovereignty: Decolonization and Self-Determination in North America. Chicago: Chicago University Press.
- Temin, D. M. 2023b. "Development in Decolonization: Walter Rodney, Third World Developmentalism, and "Decolonizing Political Theory."." American Political Science Review 117 (1): 235–48. doi: https://doi.org/10.1017/s0003055422000570.
- The Breakthrough Institute. 2015. "An Ecomodernist Manifesto." An Ecomodernist Manifesto. http://www.ecomodernism.org (accessed November 13, 2025).
- The Fossil Fuel Initiative. 2025. "The Fossil Fuel Non-Proliferation Treaty Initiative." The Fossil Fuel Non-Proliferation Treaty Initiative. https://fossilfueltreaty.org.
- Tomba, M. 2019. Insurgent Universality: An Alternative Legacy of Modernity. OUP USA. University of Georgia Press.
- Valero, A., A. Valero, and G. Calvo. 2021. The Material Limits of Energy Transition: Thanatia. Cham: Springer Nature Switzerland AG.
- Vettese, T., and D. Pendergrass. 2022. Half-Earth Socialism: A Plan to save the Future from Extinction, Climate Change and Pandemics. Verso.
- Vogel, J., and J. Hickel. 2023. "Is Green Growth Happening? an Empirical Analysis of Achieved Versus Paris-Compliant CO2-GDP Decoupling in High-Income Countries." The Lancet Planetary Health 7 (9): e759-69. https://doi.org/10.1016/S2542-5196(23)00174-2.
- Wallace, R. 2016. Big Farms Make Big Flu: Dispatches on Influenza, Agribusiness, and the Nature of Science. U.S: Monthly Review Press.
- Wallerstein, I., and T. K. Hopkins. 1982. World-Systems Analysis: Theory and Methodology. Beverly Hills: Sage.
- Wargan, P., and J. Hickel. 2025. "Building Whole-Process People's Democracy in China." Progressive International. https://progressive.international/blueprint/cb7dbaf4-b106-4105-8bde-fdab4bfc2fe8-building-whole-process-peoples-democracy-in-china/en (accessed November 25, 2025).
- Weiner, D. R. 2000. Models of Nature: Ecology, Conservation, and Cultural Revolution in Soviet Russia. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Weis, A. 2007. The Global Food Economy: The Battle for the Future of Farming. Fernwood.
- Williams, E. 1994 [1944]. Capitalism and Slavery. Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press.
- World Nuclear News. 2024. "The Issues Facing Private Financing of New Nuclear."
- World Nuclear News. https://world-nuclear-news.org/articles/the-issues-facing-private-financing-of-new-nuclear (accessed November 18, 2025).
- Wyss Institute. 2016. "RoboBees: Autonomous Flying Microrobots." Wyss Institute. https://wyss.harvard.edu/technology/robobees-autonomous-flying-microrobots/(accessed November 10, 2015).
- Yaffe, H. 2023. "Cuban Medical Internationalism: A Paradigm for South-South Cooperation." International Journal of Cuban Studies 15 (2): 203–34. doi: https://doi.org/10.13169/intejcubastud.15.2.0203.
- Yeros, P. 2023. "Generalized Semiproletarianization in Africa." Indian Economic Journal 71 (1): 162–86. https://doi.org/10.1177/00194662221146639.
- Zea, L. 1978. Filosofía de la historia americana. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Zhang, L., P. J. ArthurMol, and D. A. Sonnenfeld. 2007. "The Interpretation of Ecological Modernisation in China." Environmental Politics 16 (4): 659–68. https://doi.org/10.1080/09644010701419170.

Vínculos relacionados:

- La Alianza Global Jus Semper
- Alejandro Pedregal y Nemanja Lukić: Del Imperialismo al Imperialismo Verde: Herramientas del Análisis de Sistemas-Mundo Ante la Gran Crisis Ecosocial
- Alejandro Pedregal y Juan Bordera: Hacia un Decrecimiento Ecosocialista
- Alejandro Pedregal: La guía integral del imperialismo en Venezuela
- John Bellamy Foster y Alejandro Pedregal: El Retorno de la Naturaleza y la Ecología de Marx
- Nemanja Lukić: Immanuel Ness: "El capitalismo neoliberal en su forma actual no puede sobrevivir sin la migración"
- A. García Molinero y A. Pedregal: Las Dimensiones Socioecológicas Tempranas de Tricontinental (1967-1971): Un Metabolismo Social Soberano para el Tercer Mundo
- John Bellamy Foster, Hannah Holleman y Brett Clark: Imperialismo en el Antropoceno
- John Bellamy Foster: Socialismo y Supervivencia Ecológica: Una Introducción
- Brian M. Napoletano: El Socialismo de la Mitad de la Tierra y el Sendero Más Allá del Capital
- J. Hickel, y D. Sullivan: ¿Cuánto crecimiento se necesita para lograr una buena vida para todos? Percepciones a partir de un análisis basado en las necesidades
- J. Hickel, M. H. Lemos, y F. Barbour: El intercambio desigual del trabajo en la economía mundial
- Álvaro de Regil Castilla: Los Delirios Fraudulentos del Capitalismo Verde
- Álvaro de Regil Castilla: Geocracia, el paradigma que va en pos del bienestar de la gente y el planeta y no del mercado
- Álvaro de Regil Castilla: La Insoportable Falta de Conciencia de Nuestra Crisis Ecológica Existencial
- Álvaro de Regil Castilla: Transitando a Geocracia — Paradigma de la Gente y el Planeta y No el Mercado — Primeros Pasos
- Álvaro de Regil Castilla y Laura G. Vales: «Geocracia propone establecer un contrato social con nuestro planeta»
- Álvaro de Regil Castilla: Decrecimiento y florecimiento, o seguir igual y perecer en el trayecto
- Chris Gilbert, Cira Pascual Marquina y João Pedro Stedile: Tierra, Cooperación y Socialismo
- Chris Gilbert y Cira Pascual Marquina: Una edición especial sobre las comunas en la construcción socialista
- Chris Gilbert: Las Comunas Socialistas y el Antiimperialismo: El Enfoque Marxista
- Claudio Jedlicki: El Intercambio Desigual
- Roberto Regalado: El Bloqueo como Espada de Doble Filo

- **Acerca de Jus Semper:** La Alianza Global Jus Semper aspira a contribuir a alcanzar un etos sostenible de justicia social en el mundo, donde todas las comunidades vivan en ámbitos verdaderamente democráticos que brinden el pleno disfrute de los derechos humanos y de normas de vida sostenibles conforme a la dignidad humana. Para ello, coadyuva a la liberalización de las instituciones democráticas de la sociedad que han sido secuestradas por los dueños del mercado. Con ese propósito, se dedica a la investigación y análisis para provocar la toma de conciencia y el pensamiento crítico que generen las ideas para la visión transformadora que dé forma al paradigma verdaderamente democrático y sostenible de la Gente y el Planeta y NO del mercado.

- **Sobre este artículo:** Este artículo se publicó originalmente en la revista «Journal of Labor and Society», vol. 28 (2025), pp. 497-551. Publicado con licencia de Koninklijke Brill bv | doi:10.1163/24714607-bja10207 © kaiheronetal. 2025 | ISSN: 2667-3657 (impreso) 2471-4607 (en línea). Publicado en línea el 11 de diciembre de 2025. **Este es un artículo de acceso abierto** distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Attribution 4.0 (https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es), que permite cualquier uso, reproducción y distribución de la obra sin necesidad de permiso adicional, siempre que se cite al editor original. **Agradecimientos:** Queremos dar las gracias al editor jefe de la revista, Immanuel Ness, por su inquebrantable entusiasmo con respecto a este número especial y por su apoyo para llevarlo a buen término. También queremos expresar nuestro agradecimiento a los colaboradores de este número especial. **Financiación:** Alejandro Pedregal agradece el apoyo del Consejo de Investigación de Finlandia, proyecto número 35701.

- **Sobre los autores: Kai Heron:** Centro de Medio Ambiente de Lancaster, Universidad de Lancaster, Lancaster, Reino Unido; **Alejandro Pedregal:** Consejo de Investigación de Finlandia, Universidad de Aalto, Espoo, Finlandia; **Nemanja Lukić:** Red Antiimperialista, Madrid, España.

- **Citar este artículo como:** Kai Heron, Alejandro Pedregal y Nemanja Lukić — Por una Modernidad Ecológica Antiimperialista — La Alianza Global Jus Semper, junio 2026. Este documento ha sido publicado bajo Creative Commons, CC-BY 4.0. Puede reproducirse para Compartir – copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato para cualquier propósito, incluso comercialmente. Adaptar — remezclar, transformar y construir a partir del material para cualquier propósito, incluso comercialmente. Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

- **Etiquetas:** Democracia, Capitalismo, antiimperialismo, ecomodernismo, extractivismo, colonialismo verde, imperialismo, ecología política

- La responsabilidad por las opiniones expresadas en los trabajos firmados descansa exclusivamente en su(s) autor(es), y su publicación no representa un respaldo por parte de La Alianza Global Jus Semper a dichas opiniones.

Bajo licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional.
https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.es

2026. La Alianza Global Jus Semper - Boletín Jus Semper, (ISSN: 3071-6012)
Portal en red: https://www.jussemper.org/Inicio/Index_castellano.html